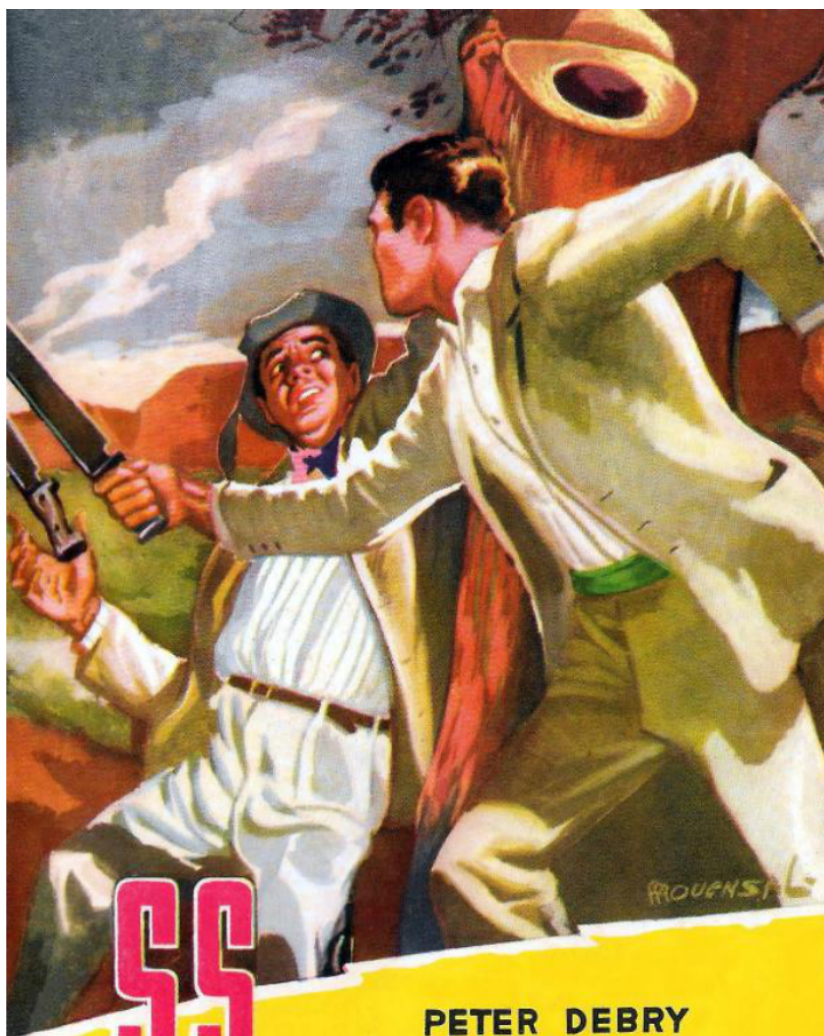




SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

LA LEY DEL MACHETE

PETER DEBRY

La ley del machete

1ª. EDICIÓN
Abril - 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

LA LEY DEL MACHETE

**POR
PETER DEBRY**



I

El sol de marzo era caliginoso en aquella zona costera al Norte de la isla de Cuba. Iba ya amenguando sus ardores, porque la tarde declinaba. Desde cualquier cima dominante de La Habana, podía contemplarse la diversa coloración en que se dividía aquella zona norteña de Matanzas.

Eran primero los valles dedicados al cultivo de la caña de azúcar. Después, los extensos cafetales, alternados con henequén y planta de tabaco, y, a lo último, la manigua, la selva cubana.

La manigua seguía siendo, en muchos lugares, impenetrable. Habitaban en ella seres casi primitivos, para quienes un viaje a La Habana, era algo prodigioso, muy caro y que tal vez nunca harían.

En otros sitios, la manigua iba cediendo tierra que sería cultivada, abriéndose al rítmico segar de los machetes manejados hábilmente por negros, mulatos y mestizos.

Un equipo de macheteros hizo un alto en su pesada tarea, porque encontraban un motivo justificado que no les valdría las invectivas de los capataces.

Miraron hacia el jinete que, coronando un peñascal, daba rienda hacia las laderas que llevaban al mar. Hizo dos cosas: detener el caballo para beber un sorbo de la cantimplora que sacó del arzón, y mirar hacia atrás mientras bebía.

Un capataz comentó:

—Es un capitalino.

Asintieron todos. En efecto, aquel jinete vestía americana de dril blanco, pantalón de igual tejido, pero recto, no bombacho como los normales por la región.

Y llevaba una corbata de muchos colores vistosos, ancha y desparramándose en su blanca camisa de seda. Cubría su cabeza con un panamá de jipijapa gris. Prenda cara y ciudadana.

Un mulato silbó entre dientes, antes de decir:

—Se le ve al capitalino que está dándose el bote. Le deben ir a la zaga.

Un negro que gozaba fama de penetrante vista, tenía entornados los párpados, y la rendija de sus pestañas, detallaba al jinete.

Canturreó:

—Le conozco al tal. Estuvo por acá, dándole al machete. Después se fue a la capital. Es el Emilio, el hijo de Godoy, el que murió de fiebres cuando...

—¡Ya va bien! —tronó el jefe de los capataces—. ¡Andenle, haraganes! ¡Denle al mango, qué caray! No estamos aquí para chismear, sino para ganarnos el ron y la pitanza. ¡Trabajen, pues, «cansaos»!

El equipo volvió a manejar el machete, mientras el jinete desaparecía ladera abajo, hacia el mar. No se había equivocado el negro al reconocerle como a Emilio Godoy.

Tenía los rasgos peculiares del mestizo «fino», nacido de entronque de mulata clara con blanco puro, o viceversa. Rasgos afilados, sinuosos...

Volvió a mirar hacia atrás, hacia el Este. Y cada vez que ojeaba tras de sí, efectuaba el mismo gesto maquinal. Apoyaba la diestra en la culata de la pistola automática que sobresalía sin funda, sujeta entre su pantalón y el ancho cinto.

A un lado de la silla de montar, en su funda, estaba el machete regional, de ancha hoja con dos filos, romo de punta, con mango curvado. Un machete que no era suyo, porque lo halló en la silla del caballo, que había robado en un establo, a cinco lenguas de La Habana, al emprender su fuga.

Hasta llegar a la playa le quedaban aun sus buenas dos horas. El caballo ya no podía galopar. Emilio Godoy sabía perfectamente que si le daba acicate, lo reventaría.

No le quedaba más remedio, por mayor que fuera su afán de huir, que llevarlo al paso largo. Por suerte, el terreno era ya descendente.

De pronto, Emilio Godoy se puso rígido. En el sendero, al girar, acababa de surgir otro jinete, que estaba inmóvil en su silla.

El que le cerraba el paso, era alto y corpulento.

Bronceado el rostro, sonreía, pero sus ojos saltones brillaban crueles, con fosforescencia de fiera humana.

Tenía los rasgos del mestizo «basto», hijo de blanco y mulata obscura. Era un espléndido ejemplar de armoniosa fuerza natural, arrogancia y seguridad en sí mismo.

No era guapo según los cánones estéticos, pero tenía un gran éxito entre las mujeres de todas las razas que poblaban La Habana, porque era agradable cuando quería serlo, y resaltaba su pujante hombría.

Vestía como Emilio Godoy, pero se cubría con un jipijapa amarillo, algo deteriorado.

Los dos permanecían quietos, al igual que los derrengados caballos. Se acechaban, y aquella calma era precursora de la próxima tormenta.

Hablo el del sombrero amarillo. Su voz era hueca, cavernosa, como si surgiera de lo hondo de una gruta.

—Así debe de ser, Emilio. Allá nos topamos, aquí nos vemos. Te rastreeé. Son muchos mis años de manigua, para que un capitalino se me escape. Me la debes, Emilio, y me la pagas.

Emilio Godoy tenía la zurda asiendo las riendas. Su diestra se quedó como le había sorprendido la aparición del hombre que creía atrás, y se le presentaba delante.

Se quedó su diestra tocando el nudo de la corbata. El otro mantenía las dos manos en alto, con los codos pegados a los costados.

Dijo, siempre sonriente:

—A tu gusto, Emilio. Como me juegan, envido y echo el resto. Si tocas culata, culata que empuño, y te consta que soy mucho más rápido que tú. Te consta que cuando alces el cañón, te habré ya escupido los siete plomos que te guardo al cinto. Pero hay mejor... Estamos solos, y en la manigua es la mejor ley, la ley del machete. Dicen que no eres torpe, y que fuiste buen cortador. Podemos verlo, que tampoco yo soy manco. Eliges, Emilio.

Emilio Godoy apretó más la delgada línea de sus labios, lívidos ahora. Cobarde no era, y muchos que le habían desafiado como ahora lo hacía Curro Saldaña, la misma manigua se cuidó de enterrarlos con el abrazo de lianas, reptiles y ramas.

Dijo, sin poder evitar cierto temblor en la voz:

—Sea la ley del machete, Curro.

Bajó lentamente la diestra, hasta que sus dedos rozaron el

cañón. Empujó hacia arriba y la pistola salió proyectada para caer a un lado del sendero. Era indiscutible que frente a frente, le «podía» Curro Saldaña, con pistola.

Curro Saldaña rió sin ninguna alegría, pero divertido, al comentar:

—Me sujeto los calzones con cinto solo, Emilio.

Echó hacia atrás los codos, y la americana, abriéndose, mostró el cinto negro. No llevaba pistola.

Emilio Godoy, furioso, sacó con gesto nervioso el machete. Saldaña hizo lo mismo. Godoy pasó una pierna por encima de la silla, disponiéndose a saltar.

Curro Saldaña le imitó, y ambos quedaron en pie. Los dos caballos se apartaron cansinos, para dedicarse unidos, a pastar la verde hierba.

Emilio Godoy dio un paso al lado, sin mirar, pero recordando donde había caído su pistola. Curro Saldaña avisó:

—Ya es tarde, Emilio. Si te inclinas, te tajo. Bueno... te tajaré igual, porque eres un canalla.

Distaban entre sí tres pasos. Emilio Godoy mantenía el machete delante del pecho horizontalmente, codos en jarras, apoyando la punta roma en su abierta palma izquierda.

—Escucha, Curro. Se puede hablar, ¿no?

—¿Y pues? Lengua tienes, y dicen que los que van a morir, hacen testamento.

—No tenemos por qué pelear. Yo no sabía que Adelina...

—¡No mientes nombre de muerta! Ella murió ya, ¿no? Y tú estás vivo, ¿no? Pues la cosa está clara. Has de morir.

—Escucha, Curro. Tengo dinero allá en un sitio que me sé. Te juro que reparto contigo. Y hay más de los diez mil pesos en buen oro.

—Debes estar muy asustado, Emilio, para querer comprarme. No soy como tú, buitre. ¡Dale ya a la lengua que dirá la última palabra!

Emilio Godoy había hecho su postrer intento de arreglo. Se abalanzó, moviendo como un sembrador el machete. Chocaron los aceros de plano a un costado, sobre la cabeza de Saldaña.

Godoy saltaba como un bailarín acrobático, pero su recia muñeca prodigaba tajos hondos, que salían desviados por la rápida oposición de la hoja manejada por Saldaña.

Ya no sonreía el del sombrero amarillo. En el incipiente crepúsculo, el chocar de los machetes, destellaba fugaces chispas, y al recalentarse las hojas, se encendían también en ambos rostros las pupilas, sin luz humana, codiciosas de matar.

Un refilón cortó el ala delantera del sombrero amarillo, y puso surco rojizo en la hombrera de la americana de Curro Saldaña.

Emilio Godoy se batía con desesperada energía. Los caballos, más allá, seguían paciende reposadamente. El entrechocar de aceros, les era habitual.

Intentó Godoy el golpe rasante destinado a abrir brecha en las piernas adversarias. Saltó en alto Saldaña, y, a la vez, mientras el machete enemigo silbaba como una ráfaga de huracán bajo sus tacones, abatió reciamente su arma.

El filo cortante hizo muesca a un lado del cuello de Godoy, que al mortal impacto, quedó arrodillado, bamboleándose atrás y adelante. Un chorro rojo brotó de la cortada yugular.

Fue sentándose lentamente sobre sus tacones, fijos los ojos desmesuradamente abiertos en su vencedor, y, por fin, pesadamente cayó a un costado.

Curro Saldaña se quitó el sombrero, e inclinó la cabeza. No hubo la menor ironía macabra en su sincera plegaria primitiva:

—Si mal hiciste en vida, Emilio, que te perdone Quien es mejor que yo. Amén.

Miró después su sombrero, y agachándose recogió el que habíase separado de la cabeza del muerto, en la pelea. Se lo puso, y comentó:

—Bien que me va. Y a ti, igual te da ya, Emilio.

Volvió a inclinarse para coger al muerto por los sobacos, y fue arrastrándolo, hasta que con hercúleo impulso, lo aupó sobre la silla del caballo, atravesado, colgante a un lado el busto sangriento, y al otro las piernas.

Lo aseguró con las riendas, enfundando en la silla el machete. Después dio una palmada en el anca del caballo, diciendo:

—A tú cuadra, penco, que tan de prestado te tomó Emilio, como yo a tu compañero.

Enfundó el machete ensangrentado y vencedor en la otra silla, aplicando también sonora palmada al que hasta entonces había montado.

—Andando, amigo. A la querencia de vuestra cuadra.

Había dejado bajo el cuerpo de Emilio Godoy, su sombrero amarillo. Los dos caballos, se alejaron a un trote animoso, de regreso a su establo lejano.

Curro Saldaña fue a recoger la pistola de Godoy, insertándola entre la camisa y el pantalón. Y volvió a internarse en la manigua, donde ya el crepúsculo se convertía en tinieblas.

Caminó varias horas por vericuetos que conocía muy bien, porque los recorría dos o tres veces por año. Y llegó por fin a un pequeño poblado costero.

Formaban un conjunto de medio centenar de cabañas, de aleros inclinados y musgosos. Oíanse cánticos con los que los macheteros acompañaban la sobremesa de la cena, copiosamente regada de ron transparente, poco alcoholizado, que quitaba la sed, y daba alegres pensamientos.

Curro Saldaña se llegó a uno de los bohíos, en cuyas dos ventanas había cortinas de telas vistosas. Era propiedad de Mirta Saldaña, la mulata oscura, que sabía trenzar tan maravillosamente el bejuco en cestas de adorno, que una vez por mes venía a recoger un mercader.

Mirta Saldaña había sido muy bonita. Su piel color canela era tersa y suave antes de conocer al hombre que la abandonó, y cuyo nombre nadie sabía. Un hombre que ella nunca mencionó ni a su hijo. Después... envejeció más que por el transcurso de los años, por una íntima pena jamás consolada. Seguía queriendo al arrogante marinero blanco que en fugaz escala la enamoró.

Curro Saldaña tuvo que inclinarse para no rozar con la cabeza el marco de la puerta. El candil iluminaba al fondo la figura de la mulata sentada, balanceándose en mecedora.

Mirta Saldaña se puso en pie, radiante el rostro.

—¿Cómo le va, viejita? —saludó Curro, echando el panamá gris sobre la mesa.

Ella corrió a fundirse en estrecho abrazo con el que, emocionado, pero sabiendo que no era de hombres demostrarlo, gruñó:

—Bonita más que nunca me está. Tengo hambre y sed, viejita.

Ella se apartó, para mirar apenada el hombro rojizo. Curro Saldaña, sentándose, sonrió:

—No fue más que mosquito zumbador. Tengo hambre y sed.

Mirta Saldaña fue a un lado, para recoger de una alacena tortas de maíz que regó con el jarrillo de miel y en montón de veinte colocó ante su hijo. Después fue a buscar la garrafita de la cual sólo bebía en sus muy dilatadas ausencias, el que ahora, comiendo vorazmente, la miraba complacido.

Ella vertió en un jarrillo el claro ron de Matanzas. Se sentó al otro lado de la mesa, frente a su hijo, y preguntó:

—¿Qué fue, Curro?

—Cosa de machos, madre. Le pude, y ya está.

—¿Qué fue, Curro?

—¡Ay, caray! —rió Saldaña, rezumantes de miel los labios, que se relamió—. Como le sabe que a usted le cuento yo todo. Y pues, que no... Usted es mi único cariño, viejita. Bueno, el caso es que hubo un Emilio Godoy, que me jugó la mala. Y yo envido, según me juegan. Me robó la novia...

—¿Qué novia, Curro?

—La Adelina.

—Fue tu novia hace ya tres años, y ya tuviste muchas otras después.

—No le da al caso, viejita. Cierto que hacía ya tiempo que no le daba yo plática a la Adelina. Pero supe que el Emilio, prometiéndole casa y trabajo, allá por un sitio llamado Montevideo, que está muy abajo siempre hacia el Sur, la hizo abandonar la capital. Ella se marchó, y vine a saber anteayer, que se había muerto allá en Montevideo. ¿Y sabe de qué se murió? Dé asco, de vergüenza... y en un mal sitio. ¿Y pues? ¿Qué me tocaba, sino evitar que el Emilio engañara a otra? Le di la ley del machete.

—

«M'hijo»

—musitó ella, juntando las manos, llorosa—. Hace ya años que no tiene permiso la ley del machete. Ahora te buscará toda la policía. Te buscarán... porque tú no enterrarías al Emilio, ¿verdad?

—¿Soy, acaso, sepulturero, viejita?

—Lo encontrarán, y sabrán que has sido tú.

—¿Y pues? No pienso negarlo. Le rajé por canalla. Y ya está.

Ella se levantó para ir a recoger, bajo unos mimbres, un cofrecito, que abrió. Sacó unas monedas, rutilantes: pesos de oro.

—Tómalos, mi Curro.

—No, que no, viejita. Yo puedo vivir sin trabajar, ya que usted recibe cada mesito la renta de la tía que murió en Puerto Rico. Si no tuviera usted medios, yo... pues hasta, trabajaría.

—Ahora has de huir. Todo se olvidará, si estás fuera de la isla algún tiempo. Pero ahora has de huir. Toma este dinero. Yo gano mucho con el bejuco, y, además, como sabes, tengo la rentita de Puerto Rico.

—No me ofenda, madre. No me ofenda —replicó, ceñudo, Curro Saldaña, fruncidas las cejas.

Y ella comprendió que no podía insistir. Su hijo tenía un concepto muy personal y especial, sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal.

—No me llore, viejita. ¡Caray! ¿No me ve sano y fuerte? Usted me da ahora el oro de su abrazo y un buen beso. Y me voy feliz. Ya le volveré a ver prontito. No me llore, viejita. Ándele, deme beso bueno, y seque estos ojazos brujos. Me voy ya ahorita. Le podría coger gusto a estarme aquí, y necesito aun aprender lo mucho que me queda. Cuatro paredes encerrándome, me matarían.

Se desprendió ella con esfuerzo del abrazo. Trató de sonreír, mientras él, poniéndose el sombrero, recogía de un rincón un corto machete, que insertó en el cinto.

En el umbral, agrandado por la negrura exterior, Curro Saldaña se llevó los dedos de la mano izquierda a los labios y lanzó un beso, riendo.

—Adiosito, mi cariño.

Dio brusca media vuelta, y en el umbral sólo quedaron sombras. Mirta Saldaña, sollozando, murmuró:

—No es malo... Es culpa, culpa de la poca ilustración.

II

—¡Qué poca ilustración ni qué narices! —exclamó el juez, furibundo.

Y asestó una mirada colérica al comisario Hugo Cárdenas, «el terror del hampa». Menudo y flaco, Cárdenas, con su mirada tristona, era temido y respetado, porque su temeraria valentía corría parejas con una aguda inteligencia.

—Es difícil hacerme comprender, mi buen amigo. Usted me conoce lo bastante para saber que soy implacable con el delincuente.

—Por eso mismo me extraña que defienda a Curro Saldaña.

—No le defiendo. Trato de explicar que Saldaña es un inocente.

—¿Inocente? Está bien demostrado que mató a Godoy.

—Empleo la palabra inocente en otro sentido. Saldaña cree muy sinceramente que no ha infringido ninguna ley. Tiene la idea de que vive en el siglo XVII y en la isla Tortuga, suponiendo que sepa lo que es un siglo. En él es natural lo que ha hecho. Nadie puede convencerle de que ya ha sido derogada hace más de treinta años la ley del machete, que dejaba libre de penalidad, al que, frente a frente, retaba machete en mano.

—Podrá ser así, pero estamos en 1944, y ya han dejado de existir los piratas, comisario. Saldaña es un pendenciero bravucón.

—Godoy era un tratante en blancas, mi buen amigo.

—¡Lo sé! Pero no obsta. Hay una justicia y tribunales. No es quién Saldaña para ejercer venganzas privadas. Voy a hacer fijar los edictos de presentación a ocho fechas plazo.

—Saldaña apenas sabe leer, y asegura que la letra le marea.

—Otros se lo leerán.

Y el juez estampó su firma bajo el edicto fechado en 8 de marzo de 1944, en La Habana.

El comisario Hugo Cárdenas, suspiró. Dijo, con sencillez:

—Procuraré que mi sección aprese a Saldaña. Mi deber es coger a los que delinquen, y aunque persisto en afirmar que Saldaña es un inocente sin maldad, estimo justo sea castigado. Y también sé, mi buen amigo, que llegada la hora de juzgar, usted reconocerá las atenuantes.

—Cierto. Godoy era un maleante, y no hubo mal social en su muerte. Pero los dos años de presidio no hay quien se los quite a su protegido.

—Alto ahí. No es mi protegido. Es un hombre señalado por edicto, y yo lo apresaré, porque sé que no se presentará.

Un negro reclinado contra un árbol, silbaba melódicamente. De vez en cuando se rascaba los crespos y blancos cabellos. Miró hacia la manigua de donde surgía un hombre, cuya ropa estaba casi en jirones.

Rió el negro, anchurosa la boca:

—¡Cuánto bueno, mi señor Curro! Ya leí que le dio usted machete al renegado sucio y muy maldito de Godoy.

—Tú que eres negro ilustrado, no deberías hablar mal del que ya pagó. Los muertos al hoyo, y los vivos al bollo. ¿Dices que lo leíste?

—Hay cartel en cada poblado de la costa. Le llaman a usted.

—¿Y quién me llama?

—Un juez. Le da ocho días, desde el mismo ocho, y estamos ya a trece.

Sinceramente extrañado, masculló Saldaña, sentándose junto al negro:

—¿Y quién es el tal juez para llamarme ni darme plazos? Anda, explica eso, tú que eres negro ilustrado y siempre estás leyendo.

—A usted no le encuentran. El juez le acusa de haber dado muerte a Godoy.

—El juez no miente. Sigue.

—Le pone lo legal de plazo, y si usted no se presenta pasado mañana en el Palacio de Justicia de La Habana o en cualquier comisaría, resulta rebelde y convicto.

—Vamos por partes, negro. Hablas raro. ¿Por qué resultado convicto, y qué es esto de convicto?

—Reconoce la culpa al no presentarse. Y pueden darle horca.

—¡Ay, caray! Cosa más rara esa... ¿Y si me presento, qué?

—El juez le dará dos o tres añitos de rejas. No más, porque hay

atenuantes.

—¡Lo que hay es poca ley! Si Emilio era un... bueno, lo que fuera, que de muertos no hay que murmurar... y yo le enfrento limpio, ¿a qué se meten jueces? Bien la horca y la reja para el que mata por la espalda y a gente honrada.

—Yo comprendo, pero la policía le busca por toditos lados, mi señor Curro. No más ayer mismo estuvieron dos por el poblado, y se fueron hacia el Sur.

—¡Ay, caray! Me van a comprometer.

Se levantó, alejándose hacia el Norte. El negro gritó:

—¡Hoy es el 13 de marzo, y hay plazo hasta el 15!

Curro Saldaña se encogió de hombros, internándose de nuevo en la espesura. El negro, rascándose los lanudos cabellos, suspiró:

—La ilustración tiene su lado bueno, pero otros no tanto. Era mejor el tiempo en que era ley, la del machete.

El 15 de marzo de 1944 era la fecha en que Curró Saldaña cumplía sus veintiocho años. Cada año lo había celebrado adecuadamente, y también ahora, en aquel crepúsculo, metido entre matorrales, viendo el mar, deseaba celebrarlo a modo.

Pero se lo impedían dos obstáculos. El primero consistía en que no tenía ni un mísero centavo en el bolsillo, ni perspectivas de obtenerlo.

El segundo obstáculo, era que toda la policía de La Habana le estaba buscando, y no precisamente para desearle un feliz cumpleaños.

Le perseguían con saña apasionada, sin verdadero encono, casi con simpatía, pero si le cogían vivo, y esto era muy problemático, lo indudable era que le tocaría balancearse al extremo de una soga.

Pero esto no preocupaba a Curro Saldaña. Había nacido bajo un signo adverso, y se conformaba con ser una víctima de la fatalidad.

Una víctima sonriente, risueña, que no se abatía, sino que luchaba. Cierta vez en que un exceso de ron de caña, le puso confidencial, resultó que su oyente era un hombre de mucha experiencia.

Le dijeron después que aquel hombre menudo, de mirada triste, de ojos de lechuza, era nada menos que Hugo Cárdenas, el comisario a quien los más empedernidos hampones temían tanto.

Pero entonces, Saldaña lo ignoraba, y aludió a su fatalidad. El

comisario expresó suavemente su personal opinión de que la fatalidad se la creaba el propio Saldaña.

Ante la extrañeza de éste, el policía formuló un interrogatorio amistoso, compartiendo el ron de caña:

«—¿Fuiste a la escuela?

»—Le fui de los diez a los trece, y cuando supe leer y escribir, ¿qué más me iba a enseñar el señor maestro?

»—Eso es lo malo. No te enseñaron a conocer las llamadas Moral y Ética.

»—¿Y qué son esas señoras?

»—Nunca te conquistarán, Curro. La Moral es vivir de acuerdo con las leyes. No matar, no robar...

»—Si tengo hambre y a otro le sobra algo, ¿en que le perjudico, mientras me lleno los calzones?

»—Ahí está tu mal, Curro. Lo ves muy sencillo. Tengo hambre, robo. ¿Has oído hablar de algo llamado trabajo?

»—Cansa mucho y da poco de sí. Intenté varias veces, pero siempre me salió la racha negra. O era un capataz que sentado me chillaba para que ni siquiera me limpiara el sudor, y claro... ¡caray! ¿Pues qué iba a hacer un hombre macho? Lo que hacía yo.

»—Lo sé. Liarte a trompazos con el capataz. Tu mal proviene de que tienes una moral muy tuya, Curro. Estás convencido de que quitarle al que va sobrado, no maltratar a niños ni a viejos, no perjudicar al que no te perjudica, es lo bastante para andar por el mundo. Ésta era la ley de algunos piratas... y todos terminaron colgados del pescuezo.

»—¡Refresquemos, pues, el gaznate, para cuando llegue el último trago!

Y al irse Saldaña, el comisario sintió cierta pena. Le dolía comprender que aquel hombre no era malo, sino plenamente amoral. Un tipo que hubiera encajado en los romances del bandolero generoso, pero no en las ciudades ni campos del siglo xx.

Y aquel 15 de marzo de 1944, Curro Saldaña recordaba la predicción del comisario Cárdenas. Pero sonreía. La soga estaba preparada, pero ¿y quién era el valiente que le metía el pescuezo dentro del lazo?

Alguien le había hablado de cierto Código Penal, y cierto artículo, cuyo número no recordaba. Al parecer, varios señores

ilustrados, se vestían de negro como si se pusieran luto por el difunto, y con caras apenadas, como si le fueran familiares del muerto.

Se sentaban tras una mesa en un estrado, y abriendo aquél libro llamado Penal, le leían al vivo un artículo, según el cual, él, Curro Saldaña, tenía que dejarse llevar a una plataforma que se abriría bajo sus pies, tan pronto estuviera suspendido y bien sujeto con cáñamo del cuello, en corbata puesta por un verdugo.

Y recordando aquello, Curro Saldaña rió sin el menor cinismo, con toda naturalidad escandalizada. ¿No era aquello lo más absurdo que cabía imaginar?

Sobre la mullida hierba donde se tendía boca arriba, sombreado por los matorrales y arbustos floridos, aspirando el salobre aroma del mar, Curro Saldaña argumentó para sí mismo, con hondo convencimiento:

«A veces esta gente ilustrada tiene cada golpe que es para retorcerse de risa. ¿Qué tengo yo que ver con Códigos Penal? ¿Para qué han de meterse en mis cosas unos desconocidos, y leerme algo que ya está escrito hace tiempo? No hay justicia en esto. ¿Cómo pueden ellos haber escrito ya lo que todavía no había yo hecho? ¿Ni qué les va en que esté donde debe estar Emilio? ¡Vamos, que hay que tener más paciencia en este mundo fatal!

Después pensó en la policía que le andaba cercando, y fue más benévolo en su opinión:

«Todos como sedientos de beberme la sangre ¿Y qué les hice a ellos? Casi tendrían que agradecerme que enviara al Emilio a dónde le tocaba, allá en los calderos de Perico Botero, dándole vueltas al asador. Pero, claro, los muchachos cobran la paga y son trabajadores, y, como además, les gusta la jarana, pues ¡hala, a por Curro! Y como saben que a mí no me atrapan vivo, me están comprometiendo, porque les tengo que huir, ya que ni me deben ni les debo. Y al que se me encare, no cabe la duda: o él o yo. ¡Y qué caray! La vida es hermosa.

De pronto, meditó en lo peor: estaba sin un centavo. Y empezaba a sentir el cosquilleo del hambre, pero aun más el araño de la sed. Porque estaba seguro que se podía vivir mucho tiempo sin comer, hasta dos días, pero ¿quién era el guapo que resistía más de seis horas sin beber?

No muy lejos, entre dos peñas, surgía un manantial formando un arroyuelo de clara agua, pero al igual que la Ética, el agua estaba reñida con Curro Saldaña, porque, como decía, el agua la hizo Dios para que, cayendo en lluvia, empapara la tierra y lavara los cuerpos. Nunca para embotellarla y beberla, existiendo aquella bendición de ron clarito.

Miró al arroyuelo, gruñendo entre dientes. No eran más que las seis de la tarde, y hasta que no anoheciera, no podía llegarse hasta algún bohío, donde podrían facilitarle unos sorbos de ron.

La cosa estaba clara: debía caminar de noche y dormir de día. Había dormido espléndidamente. Se trataba de irse lejos de la isla, porque no quería entristecer más a la viejita. Allá en Pinares, muchos lancheros sabían que él pescaba muy bien la esponja, porque buceaba como el mejor. Ellos le darían refugio durante cierto tiempo, hasta que el juez y la policía olvidaran el asunto, y pudiera regresar a su querida ciudad la capital más hermosa, porque si bien no conocía ninguna más, era innegable que no podía haberla más bonita, y...

Ladeó bruscamente la cabeza. No había duda. Alguien se arrastraba por entre los matorrales, y venía hacia allí.

Un torpe, porque quebraba ramitas, resoplaba. Debía ser un policía capitalino, ignorante del arte de rastrear. Casi sintió lástima, pero no podía salir al claro. Sería como darle blanco al tiro.

Esperó, molesto. Tenía que defenderse, porque a él meterle entre cuatro paredes con o sin rejas, era matarle.

Jugaría cómo tenía por costumbre, según le invitaban. Si a plomo, plomo...

El rumor del cuerpo arrastrándose fue aumentando, así como la fatigosa respiración. Curro Saldaña, andando agachado sin el menor ruido, recorrió unos veinte metros hacia el que venía reptando.

Se detuvo, entreabriendo unas zarzas. Vio a un hombre «capitalino» de bruces, bebiendo ansioso, hundido el rostro en la linfa del arroyuelo, al pie mismo de las dos peñas donde brotaba el manantial.

Curro Saldaña arqueó las cejas, intrigado. En la espalda de la cazadora de cuero claro que llevaba el desconocido, había una mancha roja, que se extendía lentamente.

En el centro de aquella mancha había un corte. El clásico corte

de una hoja metálica.

Curro Saldaña no oía más ruido que el cantarino del manantial y el estertor ronco del moribundo. Se aproximó, y al crujir junto a su busto una pisada, el hombre apuñalado crispó los puños, ladeándose, en intento defensivo.

Pero estaba desangrándose, y quedó tendido de costado, laso, sin fuerzas. Saldaña se arrodilló, y apoyando su diestra en el hombro del desconocido le hizo de nuevo quedar de bruces.

Con su corto machete rasgó de arriba abajo la cazadora y la camisa empapadas en sangre. Quitó la gorra marinera del individuo y la hundió en el agua, para verterla sobre la herida. Repitió varias veces la operación; hasta que la herida blanqueó.

—Mala cosa, forastero. Ni tenemos pan para masticar y poner la miga en la brecha, ni hay por acá la hierba parda. Veremos lo que hay por hacer.

Rasgó trozos de camisa, que fue metiendo herida dentro. El malherido gemía, Curro Saldaña, cuando creyó bastante taponada la herida, incorporó al que vestía como los marineros, y, arrastrándole por los sobacos, lo reclinó contra una de las dos peñas.

El herido pestañeó. Curro Saldaña se sentó frente a él. La lividez de la muerte iba cincelandó con su buril la calavera bajo la piel. Aquel hombre se moría, y nada podía hacer Saldaña, que, sin brutalidad, dijo:

—Mala cosa, forastero. Le dieron la justa. Mejor no hable, y le rece a su Dios. Usted tiene cara de inglés.

Los ojos azules, el rubio cabello y algo envarado aun en aquellos momentos finales, identificaban al británico. Habló roncamente:

—Saberlo que morir... Gracias por tratar curar... He de hablar. Haber tres seguirme cuando coger mapa. Yo no poder llegar poblado... Favor pido de hombre a hombre...

—Así pedido, cuente conmigo, inglés.

Sin moverse, como si supiera que no gesticular le daba algunos minutos más de vida, el inglés, cerrando los ojos, prosiguió:

—Cosido forro cazadora, tener mapa ser importantísimo. Si los tres que me persiguen coger mapa, muchos morir mal. Tú ser hombre y dar mi cazadora a quien yo decir. Jura tú hacer esto... jura...

Había tal patetismo suplicante en el torpe español con que

hablaba el agónico, que Curro Saldaña replicó con su voz honda:
—Juro entregar tu cazadora a quien me digas.



Juro entregar tu cazadora

—Gracias. —Y el rostro demacrado esbozó una sonrisa apaciguada—. Dar cazadora a piloto Masters de guardacostas «Warrior». El pagar tus gastos. Piloto Masters de guardacostas

«Warrior», que estar ahora en rada de isla Mariguana. Tú comprender... Repetir, amigo...

—Piloto Masters de guardacostas «Warrior» en rada Mariguana. Le daré tu cazadora, y puedes descansar tranquilo, inglés.

—Gracias. Yo llamarme Cork...

Se interrumpió el inglés, gimiendo una invocación en su idioma. Un hilillo de sangre cayó de su boca.

Curro Saldaña se dijo que ya la muerte remataba. Pero el inglés Cork volvió a abrir los ojos. Su voz fue débil, aunque audible, y casi sin aspirar, dijo:

—Tres darme caza en playa y lanzarme cuchillo espalda. Escapar yo, pero ellos seguir, ellos seguir... Mirar mis huellas, y aquí venir... Tú escapar, porque ser ellos sin piedad para quien tener mapa. Tú escapar. Coger ya mi cazadora.

—Tranquilízate, inglés. Yo oiré a los tres si se acercan. Vete con gusto, inglés. Yo te doy palabra de hombre que tu cazadora con el mapa irán a manos del piloto Masters.

El inglés volvió a sonreír, torció la cabeza, y una expresión de contento serenó su semblante. Estaba muerto.

Curro Saldaña no tuvo dificultad en quitarle la cazadora, porque abierta de arriba abajo por detrás, no tuvo más que tirar de las mangas.

—La cosa está clara —meditó, para resumir—. Este inglés que se llama Cork ha cogido un mapa, que ha cosido en su cazadora. Pero había tres cobardones, que le largaron cuchillada, porque no querían se escapase con este mapa. Y los tres andan rastreando. Cuando lleguen aquí, estaría bueno que yo les diera el susto. Bueno estaría...

Meditó unos instantes más, pero mirando al muerto cuya silueta se iba esfumando en las tinieblas que aumentaban, añadió:

—Vaya, no te apures, inglés. Te juré llevar la cazadora, y la llevo. Pagaré los gastos el piloto Masters. Eso de Mariguana me suena, pero no voy a taladrarme los sesos tratando de saber qué isla es ésa. Ya me lo dirá cualquier negro ilustrado. Adiós, amigo.

Curro Saldaña dio media vuelta, y de pronto inclinó el busto, aplicando la diestra en el cinto, sobre la culata.

Se quedó así, brillantes los saltones ojos, dispuesto a disparar, apenas el otro moviera un dedo.

Pero el hombrecillo que estaba en la linde de los matorrales, mostraba sus manos abiertas. Se le distinguía bien, porque fuera de la manigua no había la penumbra que ensombrecía el manantial.

—Tú eres Curro Saldaña, y no disparas contra quien no te ataca. Tú me conoces, Curro —dijo el hombrecillo, que parecía infinitamente triste.

—Vaya que sí. Tú eres un policía de los altos. Te recuerdo, que tomamos ron de caña los dos, hará cosa de sus buenos meses. Me dijeron te llamabas Hugo Cárdenas, y que no tenías igual para atrapar malos bichos. Pero ojito conmigo, Cárdenas, Ojito... No me conviertas en mal bicho...

—Mis hombres te vieron, y sólo estoy. Tengo que hablar contigo, Saldaña. Hablaremos y si no estás conforme, entonces... que gane de los dos el más veloz. ¿Te va?

—Me va.

Y Curro Saldaña se enderezó, dejando de manosear la culata de la pistola cogida a Emilio Godoy. Rajo el sobaco, la cazadora partida en dos, manchaba de sangre el dril de la americana hecha jirones...

Hugo Cárdenas atravesó los matorrales, y llegando a cuatro pasos de Saldaña, enfocó una linterna hacia el hombre sentado. La apagó.

—Está muerto este individuo, Curro.

—Lo está.

—Se desangró.

—No podía por menos. Tenía la justa. Un puñalón entre los dos huesos de la espalda, que debió pincharle muy cerquita del corazón, que si le da de lleno, ni habla.

—¿Habló, entonces?

—Bastante. Oiga, usted... ¡Diga lo que piensa, pronto!

—Pienso que tú no le has matado. Acabas de decir que tiene puñalón en la espalda, y esta manera de dar no la conoces tú.

—¡Ay, caray! Tiene pico el policía... pero sigue siendo un policía. Y sépalo, que a mí no me gusta engañar. Yo veo de noche casi como de día. No me juegue raro, porque...

—Ya sé. Tú juegas según te envidan. Olvida por un momento lo nuestro pendiente. Vamos a aclarar primero lo de este inglés.

—¿Cómo sabe que es inglés, si no le oyó hablar?

Hugo Cárdenas, sin responder, miró ahora bajo el sobaco de Saldaña.

—Era su cazadora. La rajé para tratar de taponar el boquete por donde se le iba el alma. No había nada que hacer, y entiendo.

—Hasta la medianoche tienes tiempo de presentarte. Podemos, pues, charlar un poco.

—Cuanto quiera. No importa que luego nos demos plomo o machete. El caso es que usted es un hombre cabal. Me gusta su modo de hablar, que ya me gustó aquella vez. No creo que me quede conforme, por más pico tenga, pero dele al pico. Lo seguro es que no nos escupiremos, aunque luego veamos quién es más veloz.

Hugo Cárdenas se reclinó contra la peña, a un lado del cadáver. Dijo:

—Había tres marineros recorriendo la manigua desde la playa. Mis hombres les dieron el alto, porque no les pareció natural su exploración. Los llevan al poblado para esperar a que los interroge. ¿Sabes algo de ellos, Curro?

Saldaña se sentó frente al comisario y el cadáver. Brillaron sus saltones ojos, porque el gesto de Cárdenas hizo asomar de su bolsillo posterior un frasco metálico, achatado.

III

—«Cañadú» de la mejor, Curro.

Y el comisario, desenroscando, bebió al gollete un trago del ron sin alcohol, destilado de caña y hierbas aromáticas.

Tendió el frasco.

—Puedes apurarlo. No me gustó que desconfiaras cuando llevé la mano atrás, Saldaña —dijo, mientras Saldaña bebía con deleite.

—Bueno, pues perdone, ¡qué caray! Pero como no acabo de entenderle, y es usted policía... —insinuó el mestizo, limpiándose la boca con un revés de mano y devolviendo el frasco—. La cosa está en que empené palabra al inglés, y lo siento, jefe, pero la cumplo. O sea, que puede estar esperando el juez. Y se lo digo así, sin desafiar. No me meta mano, porque he de cumplir mi palabra.

—Tal vez si me explicas a quién diste palabra, te entenderé.

Curro Saldaña explicó detalladamente lo que había sucedido desde el momento en que oyó el rumor de un hombre arrastrándose torpemente, hasta que, recogiendo la cazadora, iba a dirigirse a la playa.

Hugo Cárdenas, cruzados los brazos, iba asintiendo. Cuando Saldaña terminó, el comisario tuvo una melancólica sonrisa:

—Nuestros senderos debían cruzarse. Lo pensé desde que oí de tus pasos. Pero nunca pude sospechar que sería así. Ahora soy yo el que te va a explicar ciertas cosas, que ignoras. Te diré que allá en Norteamérica hay una banda de policías a los que se conoce con tres letras:

F. B. I.

Son muy listos, y necesitan a veces ayuda de las otras policías de cada nación. Me necesitaron y aunque comisario en La Habana, soy agregado del

F. B. I.

¿Lo entiendes?

—Sí. Está claro. Forma usted parte de la banda ésa.

—La banda ésa, al estallar la guerra, organizó otra partida llamada

C. I. A.,

que quiere decir «Agencia Central de la Inteligencia». Gente que saliendo de los Estados Unidos, se dedicaba a evitar delitos de todas clases. Entre ellos, la trata de blancas... Es decir, impedían que ciertos canallas engañaran chicas honestas y huérfanas, prometiéndoles trabajo lejos, y llevándolas a tugurios infames.

—¿Y se cargaban a los Godoy?

—Los llevaban a los tribunales.

—Ya lo veo venir... Y los tribunales, ¿le devolvían la vida a Adelina?

—Tampoco Godoy muerto, resucita a Adelina.

—Pero ya no repite la faena.

—Godoy, ante un tribunal, hubiera cantado quiénes formaban toda su banda. Pero volvamos a lo otro. Hay tiempo. Como te decía, el

F. B. I.,

formó otra banda, que trabajaba en unión de otras, con el mismo fin. Por ejemplo, con el «Intelligence Service» inglés. Y este Cork era del «Intelligence».

—Listo me pareció, pero con todo su golpe de

F. B. I.,

C. I. A.,

y eso del servicio inteligente, cascó.

—Seguro... ¿Y le ves cómo sonrío? Mírale bien, Curro.

La linterna del comisario volvió a encenderse aureolando el rostro lívido, quieto, apacible, donde los labios tenían dulce sonrisa.

—Ya me extrañó. Generalmente, los muertos que vi, vaya, los que vi que no murieron natural, ponían mala cara. Y me extrañó verle sonreír tan contento.

—Es sencillo. Sabía que el mapa por el que ha muerto, llegaría a su destino. Y los muertos que tú has visto ponían cara fea, ¿sabes por qué?

—¡Toma! ¡Porque les tocó la de perder!

—No. Porque morían tontamente, sin utilidad, en mala acción. En cambio, este Cork sonrío, como sonreiré yo cuando alguno me

gane la mano. Cork y yo sabemos que si nos jugamos el bigote a cada minuto, lo hacemos con buen fin. Se muere a gusto, Saldaña, en el oficio de proteger las vidas y haciendas ajenas.

—Éste murió por un mapa.

—Y te dijo que si los tres que le perseguían cogían el mapa, muchos morirían mal. Todo esto alguien puede aclararlo. El piloto Masters, del guardacostas «Warrior». Vamos a llevarle la cazadora, Curro.

—¿Vamos? El inglés me lo pidió a mí.

—Iremos y volveremos. Mariguana no está lejos. Es una base naval, cedida por Inglaterra a los Estados Unidos. Está al Norte de nuestra isla. Apenas cincuenta millas. Con una lancha policial llegamos al «Warrior» en menos de la hora. Escucha, Saldaña... Vamos y te doy palabra de que volveremos aquí. Y entonces, tú y yo solos, trataremos el otro asunto.

—No me dé el desengaño, jefe.

—Bien sabe Dios que no engaño a quien, como tú, es sano. ¿Vamos?

—¿Y los suyos, qué?

—Mando en ellos, Curro. Vamos.

Abandonaron los dos los matorrales, entrando en el claro que bajaba hacia la playa, distante apenas doscientos metros. Una sombra surgió y Curro Saldaña inclinó el busto. Cárdenas apremió:

—¿Y bien, Ortiz?

—Los tres sospechosos insisten en que paseaban, comisario —dijo el policía.

—Guárdenlos hasta que vuelva yo. Hagan que los creen, pero díganles que no pueden soltarlos hasta que no vuelva yo. ¿Entendido? Vamos al poblado, a pedir lancha policial. Regresaré, a lo sumo, antes de tres horas. Allí en el manantial hay un inglés muerto. No le ha visto, ni han de verlo los demás. ¿Estamos?

Desapareció el policía, y Saldaña volvió a enderezar el busto. Siguió caminando tras el comisario, que ya no habló hasta llegar al poblado costero, desde cuyo destacamento de aduaneros, telefoneó, pidiendo una lancha policial.

Volvió a salir siempre acompañado por Saldaña, y ambos permanecieron en pie en el embarcadero iluminado por faroles de petróleo.

—No le veo la intención, jefe —masculló Saldaña.

—Tienes ojos y oídos. Mira y escucha. Y no me hables, porque estoy atando cabos muy sueltos relacionados con esta cazadora que llevas.

Penachos blancos levantados por una proa afilada y el petardeo del motor poderoso, anunciaron la llegada de la lancha conducida por un policía. En popa había otros dos. Vestían el uniforme de los costeros.

Cuando se arrimó la lancha, Cárdenas subió. Saldaña titubeó unos instantes, hasta que, por fin, pisó también la borda, penetrando en la cabina, donde se sentaba Cárdenas, pensativo.

El que asía el volante, volvió la cabeza:

—¿Dónde, señor comisario?

—Mariguana. La rada. Acoste la escalerilla del guardacostas americano «Warrior». Dele el máximo al motor.

La lancha salió como flecha, rumbo a mar abierta. Cárdenas lió un cigarrillo, y ofreció la petaca, pero Saldaña denegó:

—No le fumo, jefe. Quita el olfato. Y sigo sin olerle, jefe.

Cárdenas no replicó. Cerrados los ojos, fue fumando y cuando en el suelo había ocho colillas pisoteadas, la lancha viró para arrimarse, lentamente, a un casco gris y acerado.

Un marinero con el gorriño blanco que lucía las letras «U. S. A.», estaba al pie de una escalerilla. Cárdenas dijo al conductor de la lancha:

—Traduzca que necesito ver urgente al piloto Masters, de parte de Reginald Cork.

Saldaña tenía todos los sentidos tensos. Oyó el chapurreo...

El marinero americano subió corriendo escaleras arriba. Cárdenas comentó:

—Hablo inglés, pero prefiero que tú lo oigas todo. Hay algo que me está rondando por la cabeza, y en lo que tú juegas mucho papel.

De arriba, una voz gritó:

—*¡Welcome! ¡Up, my friends!*

—Dice que bienvenidos, y que subamos —tradujo Cárdenas—. Nos llama amigos.

—Lo que es tener ilustración —rezongó, admirado, Saldaña—. A mí me pareció que ladraba.

La escalerilla por la que subieron el comisario y Saldaña, que mantenía apretadamente la cazadora bajo el sobaco, desembocaba en la cubierta del guardacostas.

El mismo marinero les precedía con ademanes invitadores, por entre las chapas blindadas, los cañones y las chimeneas, hasta que abrió una puerta.

Una estancia iluminada, con paneles de caobilla y un oficial con uniforme azul y las insignias de piloto naval de la armada.

Cárdenas entró diciendo:

—Buenas noches, piloto Masters. Si hablase usted el español lo preferiría.

—Mucho y bien —sonrió el piloto yanqui—. Soy californiano.

Hablaba en perfecto español y deslizó una mirada de soslayo hacia el desharrapado mestizo atlético, en cuyo sobaco izquierdo un amasijo de cuero se apretaba enrojeciendo el dril...

—De entera confianza —manifestó Cárdenas—. Es más. Ha de oír cuánto hablemos. Supongo que usted sabrá quién soy.

—Me dijeron que venía de parte de Reginald Cork.

—Así es, en cierto modo. Me llamo Hugo Cárdenas, y soy comisario de La Habana, sección Criminal.

El piloto Masters, hasta entonces cordial poro receloso, se convirtió, de pronto, en amistoso.

—Siéntense, por favor. ¡Caramba! Usted es el famoso Cárdenas... ¿Café, coñac, cigarros?

—No, gracias. Tengo prisa. Le relataré lo ocurrido.

Curro Saldaña iba dando graves cabezadas oyendo la exposición clara y detallada que hacía el comisario, que no mencionó una sola vez lo que estaba haciendo él en la manigua ni tampoco por qué se hallaba allí Curro Saldaña.

—Perfectamente —repuso, con frialdad, el piloto—. Cork ha muerto en el cumplimiento de su deber. Logró infiltrarse en la tripulación de la goleta «Sierra del Cobre». Estaba en comunicación conmigo, y su último mensaje me decía que el asunto era grandioso, y que se hallaba ya cerca del final, porque al anclar la goleta «Sierra del Cobre» en Pinares, él cogería el mapa que era la clave de todo. Hace ya dos meses que Reginald Cork tuvo el primer barrunto de que la goleta «Sierra del Cobre» se dedicaba a un extraño tráfico. Al parecer, es «alguera», o sea, se dedica a pescar algas en los

Sargazos, pero Cork tenía la seguridad de que a bordo de la goleta pasaban cosas importantísimas. Hasta aquí cuánto sé. Cork se metió a bordo de la goleta, como un alguero más.

Miró ahora a Saldaña, el cual echó sobre la mesa la cazadora en dos mitades. El piloto, dijo:

—Gracias, amigo. No se ofenda si le ofrezco una recompensa por sus molestias. Esto es muy importante. Cork murió contento, y esto... no hay dinero para pagarlo. ¡Venga esa diestra, amigo!

Curro Saldaña miró la diestra tendida, y vio que el rostro del piloto tenía contenida emoción. Apretó con fuerza, sonriendo...

—Hice lo justo, amigo. El inglés tenía sólo una pena. Pensar que su mapa se pudiera perder. Y aquí está.

El piloto iba arrancando el forro por un lado. Cárdenas hacia lo mismo con la otra mitad. Sacudió, y sobre la mesa cayó algo semejante a un porta patentes de coche.

Dos carillas de mica.

El piloto abrió el cierre, y extrajo un papel crujiente, que desdobló. Era pergamino grueso, amarillento, con grano abultado.

Desdoblado, volvía a doblarse. El piloto se levantó, yendo a un rincón de su camarote, y del pequeño mueble despacho, cogió una cajita.

Regresó, y de la cajita sacó varias chinchetas, que fue apuntalando sobre la misma mesa, clavando en ella el recio pergamino.

El y Cárdenas se inclinaron sobre el mapa, permaneciendo silenciosos, escrutadores.

Curro Saldaña se desentendió ya de todo aquello. Allá la gente ilustrada con sus majaderías. Allí estaban dos hombres muy hechos y derechos mirando aquel dibujo como si tuviera la efigie de una hermosa cupletista en traje de baño.

Y el piloto volvía ahora con dos frasquitos, y se dedicaba a pintar, para después decir:

—Tinta normal. No es simpática.

Curro Saldaña retuvo una risotada. ¡Tenían cada golpe aquella gente sabihonda! El mucho estudio les debía desquiciar los sesos. ¿Pues no decía aquel muchachote que la tinta no lo era simpática? Y lo peor era que Cárdenas replicaba:

—Es tinta normal, piloto. Y, sin embargo, Cork afirmó que todo

el misterio estaría resuelto con este mapa. Hay una evidencia. Los cuadritos con rayitas, marcan aproximadamente la situación de las bases inglesas cedidas a ustedes por Inglaterra. Vea, ésta es Mariguana, al Norte de Cuba, y la Antigua al Este, y más al Sur, Trinidad. Lo más extraño es esto anotado abajo. —Y Cárdenas, leyó: —«Ciudad de los Césares, 6853».

El piloto desclavó las chinchetas, y el pergamino volvió a doblarse sobre sí mismo en cuatro pliegues. Dijo:

—Lo llevaré al criptógrafo de a bordo. Si hay algo descifrable, él lo aclarará.

Asomó al umbral, y tendió el mapa a un marinero, que se fue, tras saludar y oír dos nombres.

Masters volvió a sentarse.

—Por lo que sea, este mapa pone en peligro, posiblemente, a los de la goleta «Sierra del Cobre».

—Que si saben que el mapa se ha perdido, huirán, y cuanta labor hizo Cork se perderá.

—Cierto. Convendría advertir al

C. I. A.,

para que mandase otro hombre en substitución de Cork. No serviría...

—Permítame una sugerencia, piloto. Que el criptógrafo saque una copia exacta del mapa, después de averiguar si el pergamino tiene algo especial.

Masters se levantó, abandonando el camarote. Curro Saldaña bostezó ampliamente. El comisario encendió un cigarro de la caja de cedro ofrecida por Masters.

Saldaña le dejó fumar. No quería importunar al meditativo. Pasó una larga media hora, y Saldaña estaba ya más que aburrido.

Por fin volvía el piloto, que traía el mapa, diciendo:

—El pergamino es corriente en su clase. Nada contiene. No hay tampoco nada químico. Ni encuentra el criptógrafo significación alguna en este mapa, del que ha sacado ya copia exacta.

—Bien. Siga ahora mi razonamiento, piloto. Por determinada casualidad, mis hombres rondaban la manigua donde murió Cork. Encontraron a tres marineros, algueros, y los detuvieron. Ellos insisten en que paseaban y esperan mi presencia. Ahora bien... Si los dejo libres, tratarán por todos los medios de encontrar a Cork, y

recuperar este mapa. Si se dedican a algún tráfico delictivo, no querrán perderlo, y lo abandonarían si no recuperasen este mapa. ¿Es así?

—Así es.

—Esta cazadora de nuevo cubriendo el busto de Cork, con forros cosidos y el mapa en su funda, permitirá seguir a los de la goleta «Sierra del Cobre» con su tarea. Cork afirmó que esta goleta y el mapa eran la clave. ¿Tenía indicios del tráfico?

—Parece ser que pensaba en dos cosas: aprovisionamiento de combustible a submarinos enemigos en alta mar, o contrabando de armas.

—Parece muy posible. Bien, devolveremos la cazadora a Cork.

—¡Alto ahí! —rugió Saldaña, atónitos los ojos—. Cork me dijo que trajera el mapa, y aquí está. ¿Qué es eso de devolver la cazadora? ¿Qué es eso de dar suelta a los tres que lo mataron? ¡Vaya, pues! ¡Usted, me trae como perrillo faldero hasta aquí, y ahora...!

—Un momento, Saldaña. Para vengar a Cork y evitar muertes de inocentes, el plan del comisario Cárdenas es excelente. Veo lo que pretende. Alguien inteligente junto al cadáver de Cork... No; pero no serviría. Los tres de la goleta sospecharían de inmediato, y matarían al agente.

—Tengo al hombre preciso, Masters. El hombre que no matarán los de la goleta. El hombre que puede substituir a Cork y que sabrá lo que hacen los de la goleta. El hombre que aparecerá junto a Cork, lo hará de un modo tan natural, que los tres lo llevarán consigo a bordo, para que el que en ellos manda, interrogue a dicho hombre. Y una vez a bordo, este hombre terminará la labor de Cork.

—Bien, comisario. No puede estar la cosa en mejores manos que las tuyas. ¿Conozco yo a ese agente del C. I. A.?

—Ya lo sabrá a su tiempo. Yo comunicaré con usted.

El piloto había metido el mapa en la funda de mica, y estaba cosiendo hábilmente los dos forros con bramante y nudos marinos. Después, dijo:

—Cuanto antes, mejor, comisario. Y le estoy muy agradecido, amigo. Acepte esto para los gastos, y como recompensa.

Curro Saldaña miró los billetes que acababa el piloto de sacar de

una cartera. Pestañeó... Eran billetes de cien dólares y había, por lo menos, unos veinte.

Agachó la cabeza como si fuera a embestir, y gruñó:

—No tuve gastos. Y me, dejaría mal sabor de boca eso de cobrar por haber visto morir a un hombre.

Asombrado el piloto, con los billetes tendidos, comentó:

—Pero ¡hombre de Dios! No se moleste si le digo que le hace mucha falta un traje, un afeitado y un poco de diversión. No son más que dos mil dólares. Fondos del

C. I. A.,

como recompensa a su ayuda.

—Cógelos, Saldaña —dijo Cárdenas—. Aquí no hay remilgos que valgan. El mapa vale los dos mil, y tú lo has traído. Cumpliste. Cógelos.

—Bueno. ¡Pues míos son! —declaró Saldaña riendo, y cerrando su zarpa alrededor de los billetes—. ¡Ay, caray! Dos mil «yanquis» por traer un papel con dibujos a bordo de una lancha policial. Pero ¡qué bueno!

—Espérame en la lancha, Curro.

—Bueno va.

Salió Saldaña, y el piloto murmuró:

—Este mozallón me hace el efecto de ser un retrasado mental.

—Es más inteligente que usted y yo juntos, Masters. Lo que pasa es que es un producto natural de la manigua cubana. Más cazarro y socarrón que el alcalde más zorruno de todos los Estados americanos. Hasta la vista, piloto Masters. El asunto queda en buenas manos.

En la lancha que iba apartándose, ordenó Cárdenas:

—¡Al embarcadero donde me recogió!

Curro Saldaña manoseaba en su bolsillo los billetes. Masculló:

—Más me va a doler ahora enfrentarme con usted, jefe. Me dolerá de las dos maneras. Si le puedo, porque muerto no me hará usted ninguna gracia. Y si no le puedo, porque morir yo con la fortuna en el bolsillo se me antoja que es una muy cochina muerte.

—Préstame mucha atención, Curro. En lo que ahora hablamos, va la vida de mucha gente honrada. Yo puedo entendérmelas con el juez que te espera. Es decir, puedo aplazar tu asunto.

—¡Hombre! Esto estaría muy bueno. Pero dicen que usted cuando

hince el diente, ya no suelta. Y así, en lo figurado, los dientes se los veo. Estamos de cháchara, pero apenas lleguemos donde nos vimos, la cosa está clara. Usted quiere algo, y yo no quiero.

—¿Has oído hablar de submarinos?

—Poca letra tengo, pero no tan poca.

—¿Qué te parecen los alemanes de los submarinos?

—A mí las razas no me importan. Es la manera de ser cada uno.

—Eso es. Los soldados luchan, pero hay cierta raza sucia, que tanto pudo nacer en Cuba como en Nueva York. Hablo de los que sacan dinero sin dar la cara ni uniforme. Los que por ejemplo venden gasolina a los submarinos, o armas a los revolucionarios. Ellos venden, pero no luchan. Son capitanes Arañas que embarcan a los demás y se quedan en tierra. De esta raza son los que mataron a Cork. Fueron tres, pero ellos son los menos culpables porque obedecen a otro.

—Todo eso lo comprendo, pero a mí lo que me interesa es lo mío. Vamos a llegar allá y usted va a insistir en que me presente. Y yo no me apeo del mulo.

—Acabas de ganar dos mil dólares, por hacer una buena acción, Curro. Puedes ganarte muchos más, pero claro, los riesgos son muchos.

Cárdenas entornó los párpados, acechando al que contestó:

—Si casi me da no sé qué haber cogido dos mil «yanquis» por tan poca cosa. Es como estafar... Bastante distinto, a si el piloto, dejándose la cartera, le quito veinte billetes de los cuarenta que tenga. Y en cuanto a riesgos, ¿pues, qué? Vivir sin ellos, es aburrirse.

—Tú eres aventurero por temple Curro. Y hay ahora la ocasión mejor para ti. Los de la goleta matarían a cualquiera por la espalda. A ti, no... porque eres un fugitivo, un perseguido, y tienes fama de hampón. Si te sorprenden junto al cuerpo de Cork...

—¡Ah, vamos, lo que me estaba yo barruntando! Usted quiere «embucharme», y eso es no conocerme.

—Embucharse es meter a un policía entre hampones. Pero meter a Curro Saldaña entre tipos como Godoy y jugárselas a ellos por la lista, esto se llama de otro modo. Esto es «Intelligence Service»,

F. B. I.,

C. I. A.,

enfrentarse con los canallas.

—Le veo venir hace rato. Allá cuando habló con el piloto seguro que pensó que era yo un parvulillo. De mapas y tintas antipáticas entenderé poco, pero a tunanterías, acaso sólo usted me eche la pata por encima.

—Vamos bien, Curro. No hay mayor placer que engañar a los tunantes. Cuando lo son a tipo Godoy.

—Hay algo por aclarar, jefe. Tal vez me meta yo en este potaje, pero ahí va algo muy claro. Si los de la goleta me resultan enteros, dele por seguro que usted se queda sin saber lo que allá pasa.

—Cork no perdió la vida por robar un mapa a un anciano paralítico y bondadoso, Curro. Yo sé que tú irás a la goleta, porque sabes mucha letra menuda, que ningún libro enseña. Y no has de desbaratar nada de lo que hagan, salvo si fueran a matar gente buena. Cuando sepas lo que el mapa significa, y cuál es el tráfico que hacen, entonces... si bien te parece, me envías cita como te parezca y donde mejor puedas. Si yo no fuera conocido, sería yo el que estaría junto al mapa y Cork.

—¿Y qué hay del juez?

—Es cosa mía. Ahora volverás al manantial. Lo que digas, allá tú. No te hacen falta consejos.

—Puede que los tipos se larguen sin llevarme. Claro que si me escarbo el seso, me llevan.

—No lo dudo. Cuando desembarquemos vuelves al manantial. Hay orden de dejarte paso, mientras yo no diga lo contrario. Debes saber lo que voy a hacer. Iré al poblado de dentro, donde están retenidos los tres. También me haré el tonto, como cuando tú quieres, Curro. Quedarán libres y tranquilos, porque sabrán que nos vamos, los policías, a buscar a un tal Saldaña, que, según confidencias de un negro, escapó hacia el Sur.

La lancha atracaba ya en el embarcadero. Saltó el comisario, y tras despedirse, entregó los dos trozos de cazadora a Saldaña.

—Suerte, Curro. Y oye, ¿tú crees que te estoy haciendo un favor?

—¡De qué, caimán! —rió Saldaña—. Nos entendemos, jefe.

—Eso es. Tú sabes que llegarás a la goleta «Sierra del Cobre» y también que apenas pises la cubierta, un peligro como nunca lo has corrido, será tu compañero constante. Y no eches en olvido un

consejo: juega como te envidan. A los tunantes astutos, dales clase.

En la obscuridad, remontando la ladera, Cárdenas murmuró:

—Me sabría mal que fallaras, Curro Saldaña, porque en cierto modo, todo esto no borra lo otro. Has ganado dos mil dólares y te irás, pero cítame por fuera de la isla grande, porque de lo contrario te apresaré tan pronto pises este terreno. También te digo que trataré de conseguir tu indulto... Suerte, Curro.

—Bueno, pues... Que tampoco le vaya mal, jefe.

Curro Saldaña se internó en la espesura. Había un pacto de tregua entre jueces, policía y él. Y en este lapso, un misterio que justificaba la muerte de un hombre que había cogido un mapa.

La vida era bonita, cuando topaban dos hombres cabales, porque a regañadientes admitía que hasta un policía podía ser todo un hombre.

Se fue acercando al manantial, guiado por el rumor del agua cantarina.

Hugo Cárdenas entró en la estancia del cafetín del poblado interior, donde dos policías, junto a la puerta, custodiaban a tres hombres.

Tres que vestían como los algueros. Botas altas hasta medio muslo, pantalón de piel, faja, camisas a cuadros y cazadora. Cubrían sus cabellos con gorra marinera.

Uno de ellos, avanzó. Era corpulento y de ancho rostro picado de viruelas. Dijo, como ofendido:

—Bien está la cosa, comisario. Yo le conozco y usted también. Usted sabe que soy Ramiro Cruz, alguero, y...

Hugo Cárdenas se limitó a mirar al que hablaba. Y Ramiro Cruz enmudeció. Los otros dos se acercaron.

—Nada tengo que explicaros a los tres. A ti te conozco, Ramiro. ¿Y estos dos?

—Son de la goleta. Uno es uruguayo, el otro, negro de Tobago.

—Que es negro, resalta. Pero ahora dime, Ramiro, y sin dártelas de tunante, ¿qué hacíais por la manigua? No vale lo que mentiste a mis hombres. Te aclararé un punto. Estábamos cercando la manigua porque se fugó, precisamente, uno que si no conoces, de oídas, sí. Curro Saldaña.

—Le conozco, pero nada tengo que ver con él. ¡Ya veo! Usted cree que nosotros le íbamos a dar escape.

—No, porque acaba de decirnos un negro que Curro se largó hacia el Sur. Y allá vamos. Pero vais a venir con nosotros, si no aclaras.

—Bueno, ¡pues a usted no le voy a engañar! Resulta que nos íbamos a un bohío a recoger ron... para no pagar el consumo. Total, unos pesos de negocio. Usted no es aduanero.

—Ni lo seré. Allá vosotros con el contrabando flojo. Pero para el futuro, acuérdate, Ramiro. Si topas con hombres de mi sección, canta la verdad, como acabas de hacerla, y te evitarás las horas de espera, y lo que es mejor. No me harás perder tiempo. Que os pudráis.

El comisario dio media vuelta, haciendo una seña a los dos policías, que con él abandonaron la estancia.

Ramiro Cruz y los otros dos, después de saludar, volvieron a colocarse las gorras. Cruz guiñó, al decir:

—Andando, amigos. Ya veis que con la gente de Cárdenas es mejor decir la verdad. No es aduanero.

Salieron, y vieron como Cárdenas y cuatro policías, montando en sendos caballos, atravesaban un sendero entre cafetales, hacia el Sur.

La noche iba estrellándose, despejando nubes, y pronto asomó la redonda faz plateada de la luna.

Ramiro Cruz echó a andar hacia el Este. Cuando ya juzgó que nadie podía oír, comentó:

—Picó de lleno. Ya os dije que simulando contrabando, salíamos ganando. No lo dije así a los sin graduación, porque nos hubieran retenido igual. Pero con Cárdenas era distinto.

—Puede haber escapado, Ramiro —sugirió el uruguayo.

—No seas idiota. El rastro bien claro daba la última sangre. El espía estará más que muerto en cualquier trecho, por el rastro donde estábamos. Vamos allá. Buena cosa que la policía busque a Saldaña. Perdona así a unos pobrecillos contrabandistas de ron flojo...

IV

Curro Saldaña estaba tendido junto al manantial. El resplandor plateado daba claridades espectrales a las peñas, en una de las cuales se reclinaba un cadáver sentado, apoyada la barbilla sobre el cuero de su cazadora, que parecía venirle extremadamente ancha.

Ramiro Cruz atajó con los dos brazos extendidos el avance de los que le seguían. Veía la pistola en cuya culata, Saldaña, incorporado, mantenía la diestra.

—Os vi llegar y cabe la duda que no me seáis policías disfrazados de algueros.

Ramiro Cruz dejó escapar por entre sus labios un bufido, que se convirtió en risa. Dijo, con dureza:

—Tu cara la conozco yo. Estos últimos días viniste retratado en los periódicos. ¿Qué haces aquí?

—Esperando la «guagua» para que me lleve a Vedado, donde tengo una rubia que me quiere conquistar. Me gusta ver que llevas el machete corto de desescamar, como el mío, y el de los que te acompañan. Pistola no te huelo. Y ahora, a lo muy sencillo. ¿Quién eres tú para preguntar ni hablarme a mí, Curro Saldaña, como si me fueras patrón? Por menos, he rajado a bastantes.

—Quietos vosotros —masculló, por lo tajo, Ramiro Cruz, volviendo a empujar hacia atrás al hercúleo negrazo y al uruguayo—. La policía te anda buscando, Saldaña.

—No me digas... Has sido muy buen chico viniendo a advertirme.

—Un negro les dijo que habías ido al Sur.

—No dijo más que lo que le dije dijera. ¿Y tú, qué dices?

—Aquel de ahí. —Y apuntó Cruz con el pulgar hacia la peña en que se reclinaba Cork—. Le veníamos rastreando.

—Pues no te felicito. Lleva de muerto más de dos horas. Tenía yo sed, y a la fuerza ahorcan. Por eso chupó del charco. Pero

vamos, como uno es de carne, le rompí la camisa para taponar la brecha, por si más que muerto, estaba en eso que llaman el «colpaso» comatoso. ¡Pero qué si quieres nueces, nene! Estaba muerto de tiempo.

Ramiro Cruz respiró con cierta dificultad, antes de decir:

—Es natural que le limpiarías los bolsillos.

—Es natural.

—¿Y qué hubo?

—Las preguntas las contesto yo a su tiempo. Mejor puesto, para tus entendederas. Te puedo contestar... pero luego saca machete. No os conozco, y puede que hayan dado premio para cogerme.

—Escucha, Saldaña. Te juro que por nosotros puedes irte ahora mismo. Nada queremos con policía.

—Puede que sea así, pero preguntas tú mucho.

—Es que este inglés nos hizo sucia faena, robándome algo que era mío.

—¿Y a mí, qué?

—Puede que en lo que le cogiste esté lo mío.

—Por partes, tú. Yo le encontré lo que me hacía mucha falta. Unos billetes nuevitos, de los «yanquis». Me vinieron de perlas. Y en ellos dice que el Banco de los Estados Unidos los paga al portador. Y yo los estoy portando.

Ramiro Cruz, al igual que los otros dos, escuchaba con avidez. Volvió a reír, amistoso.

—Muy tuyo es el dinero, Saldaña. Lo que éste me robó, era otra cosa. Puede que lo encontraras, y para ti no tiene valor...

—Tiempo hay para saberlo. Yo no quiero pelea, si no os ponéis encrespados. Pero el caso es que aquí he decidido pasar la noche para ganarme el mar a la que pinte el sol. Y vosotros no os vais. Lo siento, pero no os vais. Os podría preguntar la policía por el camino. Si no estáis conformes, no haberos metido en mi terreno. Al primero que pretenda largarse antes que aclare la noche, le meto plomo. Y no os lo digo con maldad, porque ni me debéis ni os debo.

Ramiro Cruz conocía de oídas la fama de Saldaña. Avanzó dos pasos, con las manos tendidas, abiertas las palmas.

—Contigo nada tenemos tampoco Saldaña. Estás en peligro, y es natural que te guardes. ¿Me dejas registrar al inglés?

—¿Y pues? Hazlo, pero queda bien dicho que los billetes son al

portador y los llevo yo.

—¡Natural, hombre, natural!

Los tres se abalanzaron hacia el cadáver, empezando a registrarle. Sacaron pañuelo, llavero, un cortaplumas, una cartera...

Curro Saldaña se reclinó en pie, contra un arbusto. Vio cómo las manos de Ramiro Cruz palpaban la cazadora, mientras el negro quitaba las botas del muerto, y el otro, rebuscaba en la gorra...

Era repulsivo aquel registro, zarandeando al pobre agente que ni muerto tenía paz. La luz lunar daba perfiles fantasmales a la escena, y para su fuero interno, decretó Saldaña que aquellos tres que de tal manera trataban a un hombre después de asesinarlo, eran tipos «a lo Godoy». Sería agradable darles su merecido, pero se consideraba comprometido.

Era como si a cambio de los dos mil dólares, el apretón de manos del piloto Masters, y la plácida sonrisa de Cork, él, sin palabras, hubiese jurado dar buen fin a la labor de Reginald Cork.

Y aquellos tres eran hienas crapulosas de la peor especie.

El uruguayo susurró:

—Hay que cargárselo, Ramiro.

—No. Que lo interrogue el amo. Tengo ya el mapa. Se irguió, con un pedazo de cazadora en las manos, que arrolló y dobló hasta introducirlo entre la faja y la camisa. Era uno de los hombres de confianza del «amo», porque tenía listeza.

Se aproximó, diciendo:

—Vosotros dos a dormir, que ya he encontrado lo mío. Quedaos con todo lo demás, por si le interesa al amo.

El negro y el uruguayo, quitándose las cazadoras, las enrollaron para hacerse almohada, tendiéndose boca arriba, a dos pasos de Cork.

Ramiro Cruz demostró su listeza:

—¿Sabes qué me dijo el uruguayo? Que, por si acaso, más valdría dejarte seco.

—Infeliz... Hacen falta muchos uruguayos para secarme las venas. ¿Y por qué me lo cuentas?

—El no sabe que tú eres, como yo, cubano, aunque yo sea costero y tú de la manigua. Y como hacemos contrabando, tiene miedo de que puedas decirlo.

—La baba de las orugas nunca ensució mi piel.

—Eso me lo sé. Hay más, Saldaña. Nosotros ahora volvemos a la goleta. Te hablaré claro. El amo, a lo mejor, te hace algunas preguntas, pero a cambio te puedes largar de la isla y volver en mejor ocasión. Nosotros viajamos y también sacamos buenos billetes.

—Tengo los bastantes, gracias a tu inglés, para tener seguro el ron hasta mediado el verano, si es que el calor no aprieta mucho. ¿A qué ir a tu goleta?

—El amo es un gran señor. Te gustaría conocerlo. Paga bien y por trabajo fácil. Y es muy cabal. Muchas veces me ha dicho: «Ramiro, siempre que tropieces un macho, tráemelo, que andamos corto de este material». Es todo alguien. De los antiguos, ¿sabes? De los de la ley del machete, que por la Isla se crió, y de peón que era abriendo brecha con machete, llegó a tener goleta propia.

—Casi parece alguien. Pero puede que si fuera allí no le conteste yo ninguna pregunta.

—El amo sabe preguntar, que lleva sus veinte años manejando hombres como tú y yo.

—Como tú, puede, pero como yo, ya será menos. Bueno, tal vez se pueda probar.

—Si pudiéramos llevarnos al inglés, caminando ahora de noche, llegaríamos antes a la goleta. ¿Trato, Saldaña?

—Se puede probar. Pero dile al uruguayo, que se me aparte. Bueno será que le digas también al negro que no me jueguen sucio. Yo no me como a nadie crudo, pero si me juegan sucio, me pongo bravo.

—Seguro, Saldaña. ¡En pie, muchachos! Vamos a la goleta. ¡Carga con el inglés, Tobago!

El negro izó sobre sus hombros sin esfuerzo, el cadáver. El uruguayo rompió la marcha hacia el mar, seguido por el negro y su carga.

Ramiro Cruz se colocó al lado de Saldaña. Andaban los cuatro en silencio, cautelosos. Seguían un sendero que poco después desembocó en una hondonada, donde el mar plácidamente espumeaba en susurro de fleco blanco sobre la arena.

Bajaron por entre riscos, hasta llegar a unos pinares, junto a la misma orilla de un peñasco. Dos lanchas de remo estaban atadas juntas, retenidas a la roca por doble lazada.

—La lancha en que huyó el inglés después de robarme —musitó Cruz.

El negro depositaba el muerto en la lancha señalada por Ramiro Cruz, que en unión de Saldaña saltó a la otra, cogiendo un remo. En el banquillo, a su lado, se sentó el uruguayo, asiendo el otro remo.

Saldaña se sentó a proa, frente a los dos. Empezaron a bogar con vigor, entrando el remo limpiamente y sin ruido. Más atrás, en la estela, la lancha remada por el negro de Tobago, avanzaba con la misma marcha.

Una larga hora pasó, y asomaba ya cierto resplandor rosado por el horizonte, cuando contorneando un promontorio que avanzaba dentro del mar, las lanchas entraron en una bahía.

Dos luces de situación, señalaban la presencia de un velero de dos palos, anclado. La lancha fue aproximándose, y en cubierta se oyeron pasos corriendo.

Por la borda bajaron dos negras cintas rematadas por garfios, que asió Ramiro, colocándolos en los hierros. Arriba un torno giró, y bamboleándose, la lancha fue izada hacia la borda.

La aurora despuntaba ya. El uruguayo y Cruz desengarfiaron, tras colocar la lancha en sus maderos, a estribor, y lanzaron los cables hacia abajo, para izar la otra lancha.

Preguntó Cruz al del torno:

—¿El amo?

—Avisado. Espera.

—A dormir, tú —dijo Cruz, despidiendo al uruguayo con el pulgar—. Vamos a ver al amo, Saldaña.

—Al tuyo.

Se aproximó Ramiro Cruz a una cabina central, en cuya puerta repicó con los nudillos. Su voz se hizo obsequiosa, servil...

—Ramiro, mi amo. Traje al inglés espía. Llevo amigo.

La puerta se abrió y un hombre alto, invisible, ordenó secamente:

—Pasa, y puede tu amigo esperar.

Saldaña se encogió de hombros, y Ramiro Cruz entró. Cerró tras sí la puerta, y en la obscuridad de la cabina avanzó al fondo, donde volvía a sentarse el capitán de la goleta «Sierra del Cobre».

Contó Cruz cuánto había pasado, repitiendo constantemente la palabra «fugado» cuando se refería a Saldaña.

Dejó sobre una mesa la mitad de la cazadora. Dos manos asieron el forro, rasgándolo. Manos anchas, de uñas cuidadas. Sacaron la funda de mica, y de ella el mapa original, en el que el criptógrafo había redondeado las esquinas para hacer desaparecer las huellas de las chinchetas.

—Pudo muy bien Cork hablar antes de morir. Y el fugado oírle. Y ahora tratar de meterse aquí, Ramiro.

—No quería venir, mi amo. Es más, casi tuve que rogárselo.

—Lo mejor es no dejar los cabos sueltos. Total, el fugado ha de terminar en la horca. Abridle en canal, y echadlo en la caldera. Hemos de zarpar ya mismo.

—Bien, mi amo. Lo que pasa es que vale mucho Curro Saldaña.

Reinó un silencio, y las dos manos que acariciaban el mapa, tuvieron un estremecimiento. La voz seca y autoritaria, preguntó:

—¿Qué nombre dijiste, Ramiro?

—Los del fugado. Se llama Curro Saldaña, mi amo.

Otro silencio, y, por fin, la voz ordenó:

—Hazle pasar.

Ramiro Cruz saludó, abandonando el camarote, donde ahora su ocupante encendió una linterna. Era alto y ancho de espaldas. Llevaba una camisa de seda azul claro, un ancho cinto de terciopelo rojo, y calzones de gamuza embutidos en altas botas hasta medio muslo.

Sus cabellos largos le cubrían rizados la nuca. Blanqueaban canosos en las sienes, pero los ojos eran juveniles. Un hombre de unos cuarenta y cinco años a lo sumo, pletórico de vigor. La corta nariz aquilina, y el duro mentón, denotaban un carácter voluntarioso.

En su muñeca izquierda había un doble brazalete de eslabones de oro. En su anular derecho había una sortija de oro con piedra rubí, de purísimo fulgor.

Olía a lavanda, y cuánto había en su camarote, indicaba que era hombre que cuidaba de su persona y comodidad.

La puerta se abrió, y Francisco Retamar, dueño de la goleta «Sierra del Cobre», en pie, vuelto de espaldas al que entraba, preguntó:

—¿Con que tú eres el muy conocido Curro Saldaña?

V

—Le soy Curro Saldaña, y en cuanto a lo de conocido, depende.

—¿De qué?

—De la cara que vea.

Francisco Retamar giró lentamente sobre sus tacones. Miró con fijeza, severo el rostro. Curro Saldaña también miró, detallando. Le disgustaban los hombres con sortija y brazalete, y que olieran a colonia, pero reconoció en su fuero interno, que «el amo» tenía presencia.

—Ya me ves la cara. ¿Te gusta?

—No mucho. Es la primera vez que te veo, y pocas escalas harás en La Habana. Estoy aquí porque Ramiro dijo que a lo mejor tratabas de hacerme preguntas, y que pudieras ser que me dieras dinero y viaje.

—Pocos años tienes para hablarme con descaro.

—No hay descaro en mí, ni vejez en ti. Los veintiocho cumplí muy recién. Vale por una pregunta.

—En esta goleta, no hay más amo que yo, y acostumbro a que me hablen de otro modo —dijo Retamar, sentándose tras la mesa.

Miró Saldaña en rededor hasta ver un escabel, en el que se sentó.

—En todo sitio, sea goleta, sea la manigua, hay otro amo antes. Y en cuanto a tu costumbre, bien está donde seas dueño. Pero de mí, que yo sepa por ahora nada mandas. Me han invitado a venir, para oírte preguntar. Después, si nos convenciéramos, puede que te hable con algún respeto, y te dé el «usté» si lo quieres, pero el tonillo que emplea Ramiro contigo, aunque quisiera, no podría.

Francisco Retamar rió sin ruido antes de replicar:

—Ya veo. No miente la fama. Tal como decían los hampones. Un bravucón, creyéndose muy macho.

Curro Saldaña rió también, pero ruidosamente, sólo con labios y

garganta. Sus ojos saltones no tenían expresión risueña.

—Que sea bravucón, puede. Y que me crea macho, seguro. Me dijo Ramiro que eras de los antiguos, de los de la ley del machete, que por mí sigue muy viva. Y si digo seguro, es que lo es.

—Y también seguro que nadie te ha llamado imbécil.

—A veces. No me enoja.

—Puede que lleguemos a acuerdo. Mis hombres duran poco, los unos por idiotas, los otros por cobardes. ¿Conoces la maniobra?

—De vista. Pero mejor es que te diga, que a mi trabajar no me tira. Pero en habiendo pelea, voy el primero.

Fuera, lucía ya el sol naciente. Retamar se levantó para abrir las dos lucarnas. Apagó la linterna, y desde una lucarna, gritó:

—¡Ramiro! ¡Zarpa al rumbo marcado!

Volvió a sentarse, y Saldaña advirtió:

—No hemos llegado a acuerdo todavía.

—Si no lo pactamos, te desembarcará en cualquier parte. Siempre sales ganando alejándote de Cuba.

—Eso sí.

Señaló Retamar el mapa doblado junto al trozo de cazadora.

—Era un espía, ¿sabes? Se metió con trampa a mi bordo. Y yo tengo tolerancia para muchas cosas, pero hay algo que nunca he perdonado. Al que espía. Antes dijiste que hay otro amo. Estuviste bien. En esta goleta, después de Dios, soy el amo. Y te diré más...

Retamar avanzó el busto, clavando en Saldaña los brillantes ojos. Dijo casi silabeando:

—A mi propio hijo que aquí espiara, le daría yo la ley del machete.

—Está bueno. Mi propio padre que me jugara sucio, también yo... Bueno, el caso es que ya jugó sucio.

—¿Sí? No es pregunta, Saldaña. Pero siempre me complace saber la historia de los que pueden estar a mi bordo. Cuantos menos familiares tengan, mejor... Y parece que no te entiendes con tu padre.

—Largo es de contar, pero puedo decirte lo que allá es sabido. Tenía yo pocos años, cuando supe lo que mi madre nunca me ha contado. Siempre hay buenos amiguetes para contarle a uno las desdichas. Y vino en decirme que yo era un bastardo. Claro, el tener poca ilustración, tuvo la culpa de que no matara al amiguete. Fue

mucho más tarde, cuando un negro ilustrado me dijo que bastardo es el que tuvo padre canalla.

—Un padre es siempre esto, Saldaña: un padre.

—¡Qué va! Un padre para mí podía haberlo sido, por ejemplo, el negro que me daba buenos panes con miel, o el policía que me dio ron... Vaya, el que me dio algo de ternura.

—Tienes razón. Pero pudo ser que tu padre tuviera que huir.

—Gracias por defender al canalla que no tiene perdón, porque el hubiera sido macho, se lleva consigo a la viejita. Bien, no es que sea viejita, pero se ha ido apagando. No me dice nada nunca, pero se que dentro le ha quemado mucho... ¡Qué caray! ¿Y a qué te cuento yo esto?

—Puede que sea porque conviene desahogarse con quien... como yo, te escucha, y te es indiferente.

—Cierto. Distes en la justa, tú. Bueno, pues de familia, ya ves. La viejita, que no sale de su bohío. Alguna vez quise llevármela a la capital pero no hubo modo. Y no más familia. Una tía lejana, que al morir, le dejó rentita, que cada mes mandan desde Puerto Rico.

Francisco Retamar se pasó los dedos por los rizosos cabellos, alisándose los canosos aladares.

—A lo mejor, al estar ella cubierta de gastos, es por eso por lo que no trabajas.

—A lo mejor. Al grano ya.

—Al grano. Me llamo Francisco Retamar, nacido en tierra española, en provincia del sur. Mando en esta goleta, y gano mucho dinero. Quien me sirve, gana lo suyo, que igual doy oro, que sangre le saco al que me quiere traicionar. Me gustan los que, vean lo que vean, se lo callan, y así parece ser.

Francisco Retamar, en pie, paseó por el camarote. Se puso también en pie Curro Saldaña.

—Son ahora cinco días de mar. Después ocho de tierra, llevando mulos sin carga. Otros ocho días de tierra, regresando con los mulos cargados, y otros cuántos días de mar. Al término de este viaje, en mano mil pesos oro.

—Mucho oro es. ¿Y qué hago yo para ganarlo?

—De los de a bordo, fío a medias. El oro puede mucho, Saldaña. Y hay gente a quien la carga de los mulos pudiera tentar. Mientras yo esté vivo, aquí todos me obedecen. Pero alguno bien pagado,

podría intentar dejarme tieso, en la mar o en la tierra. Ha de quedar claro, que yo he andado siempre muy bien a solas. No necesito quien me guarde las espaldas, pero puede que tú, capaz de bastantes cosas, no lo seas de dos cosas: de matar por la espalda, o de ayudar a quien lo pretenda.

—En esas dos cosas, puede «usted» ir seguro.

—Sigue con el tú, pero a bordo hay una disciplina, como en tierra allá por donde ando. Me das el tú, pero le añades el señor o capitán. El señor, porque tengo Don en mi España; el capitán, porque me lo gané, y título tengo de capitán de velero.

—Más me gusta darte el capitán.

—El viaje que emprendemos tiene sus calmas chichas, y sus tormentas. No hablo de los elementos, sino de los hombres. Puede cuando menos se espere, saltar el rayo asesino, o el enemigo que me aborde. Fiando en ti, dormiría mejor.

—Fiar puedes, que mientras yo lo vea o lo huela, nadie te dará a traición en la carne, capitán.

—Ramiro te dirá cuál es tu hamaca, y los turnos de comida. Dile que estás libre de maniobra. Recoge la hamaca, y la tenderás a estribor, en esta borda, por donde se abre mi puerta. No eres perro guardián, Saldaña, sino macho que no dejará que me traicionen, y hablo de mi vida.

—Hay algo que no acabo de oler, capitán. Puede que tú hayas oído hablar de mí, y sepas cómo soy. Pero dijo también Ramiro que eras algo grande. ¿Cómo, pues, así de buenas a primeras, confías en mí, un desconocido?

—Llevamos el alma, no en la cara ni en las palabras, Saldaña. Hay algo indefinible que el tiempo enseña. Algo que se lee entre líneas, o como dices, se huele. Vas sucio, y Ramiro te dará ropa adecuada. Pero si hueles a sudor, ron e intemperie de la manigua, no hueles a asesino, y me consta que no dejarías hacer a asesinos. Y no pido más, que de todo me sé guardar, pero no viene mal tener alguien que pueda evitar que uno caiga seco, a traición.

—Bueno, ahora puedes preguntar, capitán.

—Cork murió, y el mapa está aquí. La policía te buscaba a ti, y no era truco. Y es más, apostarí a que ni sabes siquiera lo que era Cork.

—Un espía.

—Me refería a la clase de espía que era. Y tal vez sería más conveniente decirte, que aquel que muerte dio a Cork, si es cogido, va a la silla eléctrica.

—Allá él.

—Con el tiempo, verás más cosas que pueden extrañarte más que la muerte de Cork. ¿Y cómo sabes que se llamaba Cork?

—Así le llamó Ramiro. Espera... No, porque él sólo decía «el inglés», ahora que lo pienso. ¡Fuiste tú, caray! Has sido tú el que acabas de decir: «Cork murió, y el mapa está aquí».

—Bien. Así fue. Te corregiste a tiempo, porque Ramiro nunca pudo citar el nombre de Cork. Hay tiempo por delante, y recuérdalo, Saldaña, si te pillo en algo raro, pierdes la piel.

—Por ahora la llevo bien pegada a los huesos, capitán.

—Vete a Ramiro.

Volvió la espalda Retamar, y Curro Saldaña salió del camarote. La goleta emproaba airosa, velas abombadas, y flameando la lona de su largo espolón de proa.

Al timón estaba el negro de Tobago. A la banda de babor, Ramiro Cruz. Fue contando Saldaña ocho «algueros».

Acercóse a la banda de babor, acodándose junto a Ramiro Cruz.

—Hice trato. Viaje entero, y cobro mil. Pero no doy golpe en maniobra. El capitán me reserva para momentos más calientes.

—Los habrá, más de los que piensas. Allá cuelga la hamaca... Hombre, fue el inglés el último que en ella durmió. Es tuya. En cuanto a las comidas, hay dos turnos, y te haré señas cuando sea el mío. Has tenido suerte —añadió, patente en su rostro cierta envidia—. Hasta hoy, aquí todos han dado el pecho, en los palos o en la cocina.

—También daré el pecho cuando haya palos, y en la cocina, no te apures, qué ya me verás mover el bigote, como el mejor. Tengo hambre y *sed*.

—Pues andando, que toca la ración primera.

Media hora después, Curro Saldaña colgaba su hamaca de garfio cercano a la cabina central, asegurando el remate en el saliente de una boca de viento.

Cruzó los brazos bajo la nuca. Empezaba el viaje que tenía intriguadas a muchas inteligencias... y Cork iba a ser vengado.

Cumpliría los dos pactos: saciar la curiosidad de Cárdenas, y

evitar que nadie diera muerte alevosa al capitán Retamar.

Había tres que cuando llegase el oportuno momento conocerían la ley del machete: las tres hienas que respondían por Ramiro Cruz, el negro Tobago y el uruguayo.

Era agradable aspirar aquel aire tan salino, bien comido, y bien bebido, con dos mil dólares en el bolsillo. Sólo había un inconveniente. Le gustaría oír una voz femenina. Bueno, por tierra ya las habría...

Se durmió, dispuesto a despertar apenas oyera abrirse la puerta de la cabina central. Y sonrió en sueños. Iba a ilustrarse, viajando, con el riesgo por compañía, y futuros machetazos en perspectiva. La vida era hermosa...

VI

Por espacio de tres días y tres noches la goleta enfiló constantemente hacia el Sudoeste. Francisco Retamar salía poco a cubierta, y cuando lo hacía, no miraba ni hablaba a Curro Saldaña.

Al amanecer del cuarto día, la goleta quedó al paio, y puso en marcha su motor auxiliar. Curro Saldaña contempló con curiosidad el «segundo mar», el de los Sargazos, la gran extensión verde que formaba como un prado de jugosos pastos encima del azul líquido.

A cada lado de la proa de la goleta estaban los doce tripulantes de que se componía el rol, muy atareados en maniobrar y afianzar las dos grandes recogedoras.

La goleta avanzó lentamente, y las recogedoras actuaron a modo de afiladas hojas que a la vez que abrían camino, cortaban y echaban en las redes montones de algas, que eran izadas.

Con destreza, varios tripulantes hundían los garfios, removiendo y echando al mar las algas no buscadas. Las seleccionadas eran lanzadas con pala a la cavidad de las dos calas.

Curro Saldaña sintióse atraído por la tarea de los dos buceadores, que sólo en calzón, desnudo todo el cuerpo, el corto machete empuñado, evitaban que nudos de sargazos entorpecieran la labor de las dos recogedoras.

Fue desnudándose, y asiendo el machete por la hoja entre los dientes, se zambulló con deleite. Al surgir fue a sentarse sobre la palanca sujeta arriba con largos cabos.

Aquellos sargazos le recordaban la manigua. De vez en cuando, en aquella manigua líquida, se agitaban extraños seres: pulpos de un rojo intenso, pequeños escualos de grandes mandíbulas como sierras, peces de cabeza terminada en martillo, y numerosos caballitos de mar...

Al mediodía una cesta bajó desde proa conteniendo la comida y bebida para los tres buceadores, que la tomaron como era usual,

metidos en el agua para no correr luego el riesgo de una congestión.

Removían constantemente las piernas, formando espuma, para alejar los posibles ataques de peces voraces. Cuando empezaba a oscurecer, desde arriba sonó la voz de Retamar:

—¡Se cosechó!

Con ello significaba que la labor constante había ya terminado, y que las dos calas tenían ya su estiba completa de alga, que como le explicó uno de los buceadores a Saldaña, era muy bien pagada en el puerto de Barranquilla, al norte de Colombia, el más cercano a la goleta, por su gran valor como abono agrícola.

Por la noche durmió Saldaña pesadamente, pero no por ello, dejaban sus oídos de percibir cualquier rumor. Al día siguiente, ya visible la costa norteña colombiana, la tripulación se dedicó a ir empacando con alambres la chorreante carga de algas.

Por ahora, todo le parecía normal a Saldaña. Se comportaban como algueros. Al otro amanecer anclaban en el puerto de Barranquilla.

Dos camiones esperaban. Llevaban a los lados unos carteles que decían en grandes letras verdes:

«Abonos Agrícolas Retamar y Compañía».

La descarga alguera hizo efectuar tres viajes a los dos camiones. Al quedar vacías las calas, a bordo permanecieron tres hombres, y Retamar fue a ocupar un sitio junto al volante de uno de los camiones.

Saldaña se sentó como otros más en la caja posterior. Vio cómo los otros se tendían, disponiéndose a dormir. Hizo lo mismo. Toda la noche los camiones rodaron, y mediaba el día siguiente, cuando por fin se detuvieron en una comarca desolada, sin huellas de humana población.

Era una loma pelada, y había en ella varios individuos con bota alta, bombacho negro chaleco de lanilla y manta al hombro, con un gran sombrero de paja sobre los negros y lacios cabellos; tenían rasgos achatados, de ojos oblicuos y tez amarilla.

Cada uno de ellos sostenía el remate de una larga sogá, que trababa en reata una decena de mulos con grandes alforjas vacías.

Otro sujetaba las bridas de un caballo, en el que montó Retamar.

Los restantes tripulantes de la goleta, se acomodaron en mulos.

Hizo lo mismo Saldaña, y precedidos por los indios «domésticos», la caravana se puso en marcha. Comprobó Saldaña que en las alforjas del mulo que montaba había un rifle de repetición. Uno solo. No era contrabando de armas.

A las dos horas de marcha, Francisco Retamar puso al paso su caballo junto al mulo montado por Saldaña.

—Tierra venezolana. Hay indios motilones, que a veces atacan. Se han llevado ya lo suyo en otros intentos.

Emitió una risa sarcástica al añadir:

—Fácil manera de ganarte los mil pesos, ¿no, Saldaña?

—Por ahora no hay queja, capitán. Se viaja, y se ilustra uno.

Retamar miró un instante a Saldaña, volvió a reír, y se alejó poniendo al trote su caballo.

A la caída de la tarde llegaban a un dédalo de barrancadas, por las que el terreno peñoso se abría en grietas estrechas y larguísimas.

Los motilones «domésticos» iban explorando, y a veces detenían la larga caravana, con un gesto. Se aplastaban sobre el suelo, avanzando como reptiles, oteaban, y al final volvían a agitar el brazo en señal de continuar la marcha.

Las sombras invadieron una de las barrancadas, y el calor húmedo y pegajoso no cesó. Vio Saldaña cómo los domésticos erigían con varios maderos largos en horquilla, una tienda de campaña, desenrollando un gran cuadro de pieles.

En ella entró Francisco Retamar. Y Curro Saldaña durmió valiéndose de las alforjas, más cómodamente que en el camión que no había podido seguir más allá de la loma pelada.

Fueron otros tres días de incesante marcha, con cinco horas de sueño por la noche. Comida de conservas y, nada caliente, porque estaba prohibido encender fogatas.

Muchos reptiles huían por entre las piedras. Desde el segundo día era visible la extensión gris de un gran río: el Orinoco.

A la cuarta noche, cuando los demás ya dormían, y dos indios domésticos ejercían su turno de centinelas, Curro Saldaña, que iba acomodándose entre las alforjas, vio en el umbral de la tienda a Retamar, que le hacía señas de acercársele.

El interior estaba iluminado, y las pieles no dejaban

transparentar al exterior la luz. Había una litera, una mesa y una silla, plegables.

Francisco Retamar fue a sentarse tras la mesa. Sobre ella se extendía la mitad de la cazadora perteneciente a Reginald Cork.

Curro Saldaña, en calzón, pies y busto desnudos, recordó que su machete había quedado con su ropa. Pero al cinto, entre la piel y la tela, llevaba la pistola.

Retamar señaló la cazadora: Sus ojos tenían la misma expresión que cierta vez vio Saldaña en las pupilas de un leopardo enjaulado.

—Ramiro me explicó lo del manantial, Saldaña. Pero hay algo que no acabo de comprender. Puede que tú me lo hagas entender. Soy receloso por carácter, y porque así la vida me fue enseñando a ser. ¿Tú cortaste esta cazadora?

—Sí.

—¿Por qué?

—El inglés estaba de bruces, abrevándose al parecer en el manantial. Le vi la brecha, y aunque me pareció más que muerto, intenté taponarle, pero estaba bien muerto.

—Ya. ¿No dijo ni pío el inglés?

—Ni pío.

—Tenías tú a Cárdenas pisándote los tacones. Conozco a Cárdenas. No le va a engañar un bruto como tú.

—Los muy listos también fallan.

Retamar volvió del revés la mitad de la cazadora. Indicó con la mano el borde del forro.

—Esto es lo curioso, Saldaña. Resulta que si tú abriste con el machete desde el cuello hasta el cinto esta cazadora, era forzoso que el hilo del forro tuviera el sesgo deshilachado al final. Y mira... Termina en un precioso nudo marino, rematado. ¿Te entretuviste cosiendo, Saldaña?

Curro Saldaña tanteó la culata, introducidas las dos manos entre la pretina y la piel. Retamar ladeó la cabeza. Tenía gran semejanza con un águila divirtiéndose con un cazador.

—Debo advertirte que la pistola que acaricias, está sin balas, Saldaña. Cuando buceaste, las quité. Un consejo para el futuro, si es que te queda futuro: revisa siempre la carga al acostarte y al despertar.

Curro Saldaña mascullo:

—Tengo dos brazos, capitán. Si de mi sospechas...

No pudo terminar. Su oído muy ejercitado, no podía percibir la pisada desnuda de un indio motilón, que había llegado reptando, y en salto se enderezó para asestar el «golpe mojado».

Un nervio de buey enfundado en trapo mojado, al chocar contra el hueso posterior de la oreja, era infalible. No mataba, pero quitaba el sentido al instante. Cuando Curro Saldaña recuperó la noción de las cosas, le zumbaba la cabeza, como si en el cerebro se le hubiera introducido un abejorro.

Estaba de cara hacia el cielo estrellado. Su espalda desnuda se amoldaba al peludo cuello de un mulo, bajo cuyo cuello tenía las muñecas y codos atados.

Sentado entre las alforjas, sus piernas uníanse por los tobillos con soga enlazada bajo el vientre de la montura.

Y el ronzal del mulo iba unido por otra cuerda al pomo de la silla del caballo montado por Francisco Retamar.

La caravana estaba de nuevo en marcha. Curro Saldaña maldijo por lo bajo. Comprendía que había sido cazado, porque sin saberlo, empezaba a tener confianza en el apuesto Retamar...

Empezaba a clarear el día, cuando hicieron un alto para tomar un refrigerio. Un indio aproximó a la boca de Saldaña un cuenco con ron aguada donde bañaban unos pedazos de mojama.

Saldaña dio cabezazo contra el cuenco, haciéndolo caer. El indio se retiró, al oír a Retamar lanzarle una orden.

El caballo retrocedió, y Retamar quedó visible para el prisionero.

—Te advertí, Saldaña. No perdono a los espías, y lo eres.

—Si lo crees así, debes darme el trato que dijiste dabas. La ley del machete.

—Viste en los camiones Un letrado que decía: «Retamar y Compañía». Ésta decidirá. Yo sé ya que eres espía. No bastó el nudo terminal de la cazadora, sino que además el mapa tenía las puntas redondeadas, poco, pero lo bastante evidente. Otro manejó este mapa, que tenía los picos... ¿Cárdenas? Corren rumores que es agregado de la

C. I. A.

Curro Saldaña pensó en el piloto Masters. Con toda su «ilustración», podía haber caído en aquellos dos detalles delatores:

el nudo terminal del cosido, y el redondeo de las esquinas del pergamino.

—Dame ley de machete.

—Si estuviera solo en este negocio, se lo que haría. Hacerte tundir como es buen castigo. Quebrarte los huesos y cortar tu lengua. Hacer de ti un arrastrado... Una piltrafa humana.

Un estremecimiento recorrió la espina dorsal de Saldaña, porque tuvo de pronto la convicción de que Retamar haría lo que estaba diciendo. Y una ola de indignación inundó su garganta al replicar:

—¡No hagas tal, Retamar! No lo hagas... porque aunque fuera arrastrándome, contigo daría, y a lo mismo te condenaría. Dame horca, o cualquier fin de hombre...

—Otro decidirá.

La caravana volvió a ponerse en marcha. Iban ahora flanqueando las márgenes exuberantes del río anchuroso. Los mosquitos acudían en miríadas y empezó el tormento para el que, atado a los lomos del mulo, no podía ahuyentar el enjambre que picaba agudamente.

El sol empezó a calentar su desnudo busto, que ardía bajo el escozor de las mordeduras de los alados insectos. Fue hinchándosele el rostro. La lengua también... Pastosa, agrietada, con el martirio de la sed.

Un motilón, tal vez apiadado, le echó por encima una tela ligera, mojada, que le alivió.

La caravana, al atardecer, se detuvo. Alzaron la tela, y el mismo motilón le presentó un cuenco con ron aguado.

Movió Saldaña la cabeza a un lado y otro, crispados los labios. Vio entonces que en aquel paraje sombreado, junto al río, había varias lanchas.

Unas lanchas largas, con toldo central. A proa y popa, dos hileras de mulos, que iban y venían. Los de una columna, cargados con pesadas alforjas, eran aguijoneados por desconocidos, hacia tierra. Y los de la otra, que llevaban las alforjas vacías, pasaban a las lanchas, atándolos a varias barras.

En una de las lanchas, divisó a una mujer. Era alta, cimbreña, y vestía corpiño rojo, falda listada de varios colores. Sus negros cabellos aceitosos le pendían ondulados, cayendo sobre los desnudos hombros morenos.

Un pañuelo rojo con lunares blancos rodeaba la cabeza, formando lazo en lo alto. Era una visión deleitosa, que le recordó a Saldaña el anuncio de un café brasileño.

Los ojos femeninos eran pequeños, pero vivaces, aterciopelados. La boca ancha y sensual tenía un mohín de intriga...

Su silueta de curvas opulentas se recortaba sobre el fondo blanco del toldo central.

Al interior, en la única mesa que era también litera, Francisco Retamar, sentado, acababa de echar sobre ella el trozo de cazadora y el mapa.

Frente a él, un individuo de unos cincuenta años, perfil aguileño y recia musculatura, se abanicaba con un sombrero de paja.

La desabrochada guerrera blanca de mercante, mostraba su piel atezada. Había cierta semejanza física entre los dos hombres...

Francisco Retamar, al entrar bajo el toldo, se había limitado a decir:

—Hola, Rafael.

—Hola, Francisco —había dicho con la misma sequedad el otro. Y después, señalando la media cazadora y el mapa, añadió—: ¿Qué hay?

Francisco Retamar explicó la huida de Cork, el rescate del mapa, y el enrolamiento de un fugitivo, cuyo nombre no citó. Su oyente replicó:

—Habrás que cambiar la ruta. Muerto el espía, otros mandarán.

—El espía no ha muerto.

—¿Y a qué esperas? Si es sonsacarle, lo que esperas, es tiempo perdido. La cosa la veo así: quisieron, que continuara la misión de Cork, lo cual demuestra que si bien sospechan, nada saben aún. El mapa nada ha podido revelarles. Mata ya, pues, al espía.

—A ti toca decidir.

—¿A mí? —replicó, extrañado, Rafael Retamar—. Tú eres el capitán de tu goleta, como lo soy yo en la mía. Y nunca te pedí que me solucionaras mis asuntos.

—Ya. Y por esto mismo tendrías que haber adivinado, tú, que eres el inteligente, y el mayor, que algo pasa con el espía. A otro, le hubiera dado horca o tundido a mutilación. A éste, tú sentencias.

—¿Y se puede saber por qué?

Los dos se hablaban sin el menor asomo de fraternidad. Veinte

años de caminar por el duro sendero del contrabando de toda clase, había endurecido a los hermanos Retamar.

Francisco Retamar hizo con el pulgar un gesto hacia tierra, invisible por estar echados los mosquiteros y las lonas.

—El espía se llama Curro Saldaña.

Rafael Retamar irguió la cabeza como si acabara de recibir un aguijonazo. Se abanicó con más brío. Francisco Retamar añadió:

—Mal iba yo a dar muerte al que tú diste vida hará cosa de treinta años, allá en un bohío de la costa norte cubana.

VII

Rafael Retamar tardó en contestar, y su hermano, con mayor dureza de tono, comentó:

—Bien sabes que no me paro nunca en barras, Rafael. Tú quedaste con la conciencia en paz, haciendo que cada mes, desde Puerto Rico, le fuera enviada una pensión no muy generosa, a la mulata que te amó. Fue como me dijiste, una aventura de juventud. Allá tú, pero ahora bien claro está que hay algo raro, llámese Providencia, Cielo o Infierno, que en la tierra nos acecha. A ti te toca decidir en lo tocante a Curro Saldaña, tu hijo. Es cosa tuya, ¿no?

—Muy mía. No tengo por qué darte explicaciones, pero bien te consta que ni siquiera vi nacer al hijo de Mirta Saldaña. Fue un amorío de escala, en mi tiempo de contramaestre mercante. Ni él me debe, ni yo tengo obligaciones con él.

—Puede... Pero lleva tu sangre. Antes, cuando nos teníamos más apego, muchas veces dijiste que de todos tus amoríos, sólo el que le tuviste a la mulata Mirla, fue hondo y sentido. Ya, ya... Te llamaba más la aventura y el hacer mucho oro... Creíste cumplir, enviándole cuatro cochinos pesos al mes... También habrás cumplido rematando la cosa... ¿Qué importa que sea el mozo un brote del árbol Retamar? ¡Bah...! Total lo tuviste bien dejado por cerca de treinta años. Córtalo ya de cercén, y con añadir cuatro cochinos pesos más por mes, todos contentos.

—¿A ti, qué te va en esto?

—Nada. —Y Francisco Retamar sonrió despectivamente—. Comprenderás que si en ti no hay instinto paternal, ¿qué va a haber en mí?...

Y rió bruscamente, al añadir:

—Total, un tío lejanísimo... es como el que tiene una jaca en «Graná» que ni tiene jaca ni tiene «ná». Y hablamos ya harto de este

incidente. He de regresar. Dame el nuevo mapa.

Rafael Retamar sacó de un bolsillo, una funda de mica, que colocó sobre la mesa. Lo cogió Francisco Retamar, para extraer otro pergamino idéntico al visto por Cárdenas y el piloto Masters.

En su dibujo y línea era idéntico, pero al pie la anotación cambiaba. Donde decía en el otro: «Ciudad de los Césares, 6853», éste decía:

«Maroni, 952».

Francisco Retamar guardó el nuevo mapa, diciendo:

—Muy cerca esta vez, Rafael.

—También es doble tu parte esta vez. Y va a ser el último transbordo, porque, por lo visto, la

C. I. A.,

está ya sobre nosotros. Habrá que cambiar la ruta, y mejor que por algunos meses, seas solamente alguero, como yo seré conchero.

—Bueno. ¿Y el espía, dónde te lo transbordo?

—Aquí.

—¿Suelto o como está?

—Como está.

—Buen viaje, Rafael. Ya mandarás aviso para novedad.

—Buen viaje. Mandaré aviso.

Francisco Retamar salió al exterior, y saltó a tierra. Un aroma nuevo se mezclaba al insistente de la vegetación. Lo desprendían las cargadas alforjas; era nitrato en piedra, blanquísimo...

El nitrato que recogido en Chile, Patagonia y ciertos parajes del Brasil, podía servir en paz como abono de fértiles campos, y en guerra, como materia prima de explosivos.

Al llegar Francisco Retamar a su caballo, desprendió la cuerda que se unía al ronزال del mulo en que estaba Curro Saldaña.

Lo tendió a un individuo achaparrado, diciéndose:

—Amarra a la barra de la lancha del capitán Rafael.

Pero sostuvo aún un instante la cuerda, para decir al prisionero:

—Adiós, *Curro* Saldaña. Perdiste en el juego. Nada tengo ya que ver contigo.

Curro Saldaña alzó los pesados párpados, plomizos e hinchados.

—Adiós, tú... Puede que nos volvamos a ver, tú... Y lamentarás no haberme dado ley de machete.

Soltó Francisco Retamar la cuerda, y cabalgó sin comentarios,

volviendo grupas. Los componentes de su caravana iban ya alejándose, llevándose a cambio de los mulos descargados, los traídos por Rafael Retamar, transportando nitrato.

Curro Saldarías padecía una sed horrible. Como entre sueños, vio moverse a los de las lanchas, manejando largas pértigas que hacían deslizarse las planas embarcaciones por el río en opuesta dirección a la tomada por la caravana de mulos y el caballo montado por Francisco Retamar.

Sonrió rabiosamente. Llevaba cosidos en el pantalón, dos mil dólares. Y había a cinco pasos una mujer de las que él calificaba de «real hembra»... Y estaba peor que nunca había estado en su accidentada vida.

Seguía el calor pegajoso y húmedo, y a medida que las lanchas avanzaban, la selva iba haciéndose más tupida, más alta, abundando lianas y arbustos de flores raras.

Y al cabo de un tiempo que no pudo precisar, alguien encendió una linterna. Lo que sí notaba era que el peludo cuello del mulo, al principio sedoso y hasta confortable, iba siendo ahora un nuevo martirio, hincándose en sus riñones, como un madero.

Le costaba abrir los ojos, y su mente se oscurecía. Oyó una voz seca, hablarle desde muy cerca:

—Quedarás libre, y podrás beber y comer cuánto quieras, a cambio de muy poco. Di quién te mandó a espiar. ¿La policía cubana? ¿La «Central Intelligence Agency»?...

Curro Saldaña trató de escupir por entre los labios secos, pero su garganta sólo emitió un ronco rugido. La voz dijo:

—Dale de beber, Olimpia.

Por entre sus pestañas, vio Saldaña que era la mujer, porque reconoció el pañuelo con los dos picos, y los ojillos vivaces. El rostro femenino tan cerca... era otro martirio.

Cabeceó con último resto de energía, para volcar el jarro, cuyo contenido le cayó sobre el pecho jadeante. La voz masculina comentó:

—Estúpido eres, Saldaña. Pero si eres estúpido, tienes oídos. Mi hermano el capitán Francisco y yo, llevamos a medias un gran negocio. Por lo que sea, ni él quiso darte muerte, y a ser posible, tampoco yo quiero. Pero habla, ¡condenado seas!

—Hablar voy a hacerlo, tú... Mejor que me despaches pronto,

que muerto el perro, muerta la rabia. Vete ensañándote, y por cada mosquito que me picó, cien ronchas levantaré en tu pellejo... a medias con tu hermano. Puede que sea espía, puede que no..., pero lo que sí es tan cierto como que soy Curro Saldaña, que no es de hombres lo que conmigo hacéis.

—Tú eres un espía. Y si en mi lugar estuvieras...

—A esto voy. Si en tu lugar estuviera, no te humillaría. Te daba la ley del machete. Pero yo soy yo, y tú a saber lo que eres.

—Soy Rafael Retamar, capitán de la goleta «Monte Clara».

—Claro no te veo, pero lo que hayas de hacer conmigo, hazlo pronto.

Las lanchas seguían deslizándose, y oíanse repentinos cacareos semejantes a chillidos irónicos: los guacamayos. Unos castañeteos excitados denotaban la presencia en las márgenes de simios irritados.

Y Curro Saldaña se sumió en honda modorra, roncando estrepitosamente. La mujer llamada Olimpia, habló por vez primera, en un castellano de extraño acento:

—La fiebre de morriña, Rafael. Mira el color de las hinchazones, y el ronquido es el de morriña.

Un explorador científico, de raza gallega, era el que bautizó así la fiebre especial que ciertos mosquitos del centro del Orinoco, daban con sus picotazos. Una fiebre que se caracterizaba por breve agonía, o largas semanas de un sueño pesado, interrumpido por escasos minutos de completa lucidez.

Rafael Retamar murmuró:

—El se lo buscó. Si puedes, cúrale. Ha de hablar, ha de decir quién le metió a espiar. Es necesario que hable, Olimpia. Saber quién le manda, es necesario.

—Para que hable, es necesario que tenga abrigo para sudar la mala fiebre, y beba «*whisky*» de centeno, del que tú tienes caja.

—Haz lo que sea, pero ha de hablar... si no muere.

—No muere, porque es robusto, y no hay cerco blanco en la moradura de las hinchazones.

El mundo fue a partir de aquel instante para Curro Saldaña, algo que se componía de largos sueños sin ideas claras, y bruscos despertares, sintiendo todos sus miembros convertidos en algodón, bajo mantas de colores.

Y en aquellos despertarés, siempre lo mismo. Una mujer de ojillos negros y penetrantes que le sonreía, diciendo:

—Si no come ni bebe, no vuelve a ser hombre.

Curro Saldaña bebía y comía cuanto le presentaba aquella mujer amable, que se sentaba sobre el suelo, al lado de la estera de cáñamo trenzado donde él sudaba copiosamente.

No podía hablar. Hubiese querido preguntar dónde estaba, quién era ella, y por qué su cuerpo le parecía a ratos ser de algodón y otros, plomo.

Ignoraba que ya no estaba en una lancha plana, sino en un pequeño camarote de una goleta; la «Monte Clara» que emproaba siempre hacia el Sur, contorneando la costa brasileña.

Tampoco sabía que tras veinte días de fiebre, asomó Rafael Retamar para mirarle en silencio, y por fin decir:

—Debe hablar, Olimpia. Pronto llegaremos. Debe hablar.

—Lo hará. Que ya me cogió confianza.

La goleta tenía a sus bandas las nasas concheras, que recogían las preciadas valvas de moluscos que pulverizadas constituían otro abono, bien pagado en los cafetales de las «fazendas» brasileñas.

Pero todo aquello era ignorado por Curro Saldaña. La goleta se inmovilizó en un puerto, al sur de Bahía.

Rafael bajó a tierra, para comunicar al enlace del vasto camino que el nitrato seguía desde su mina hasta el fondo de las calas de un submarino dedicado exclusivamente a dicho transporte, que las goletas «Sierra del Cobre» y «Monte Clara», estaban siendo motivo de sospecha para la organización del contraespionaje.

Y que la Compañía Retamar había decidido suspender el tráfico por cierto tiempo. El enlace, muy correcto, replicó en excelente español:

—Es sensible, capitán Retamar, que deba recordarle que usted se comprometió a llevar la mercancía desde este puerto a la otra goleta. Mi compañía pagó precios subidos, que usted presentó, sin oponer reparos. Mi compañía sigue precisando este suministro.

—Un espía del

C. I. A.,

ha muerto ya a bordo de la goleta de mi hermano. Continuar el tráfico sería perjudicial.

El «enlace» hizo un gesto evasivo, pero sus azules ojos tuvieron

un frío destello amenazador.

—Incumbe la decisión a mi compañía sobre la conveniencia de suspender o continuar dicho tráfico, capitán.

—Hablemos claro, *Herr* Braun. Su pretendida compañía no es más que un apaño, cuya finalidad es surtir *de explosivos a los* artilleros de Hitler.

—Como la compañía de usted, de abonos agrícolas, no es más que asociación contrabandista que llevando el nitrato al submarino alemán, percibe unos beneficios, como nunca percibió. Es sensible, capitán Retamar, pero le advertí que lo mismo que pagábamos el gramo de nitrato, a precio de gramo de oro, también ustedes corrían el riesgo de ser cogidos por el Servicio Secreto aliado. Yo me arriesgo, y se arriesgan los valientes submarinistas, que fuerzan el bloqueo caribense. ¿Y qué quiere usted, capitán Retamar? ¿Retirarse al primer síntoma de peligro? ¿Vivir de rentas? Entonces, hubiese tenido que elegir el continuar vendiendo algas y conchas. Usted fue el que vino a proponerme esta ruta. Yo le garanticé el acarreo hasta este puerto.

—Busque otros contrabandistas. Los hay.

—No de la clase de Retamar y Compañía. Hay que ir hasta el fin, capitán Retamar. Tome... Estos dos mapas, son los de la próxima remesa. Usted la cargará ahora...

—Me niego.

—Reflexione, se lo ruego. Yo soy un simple enlace, pero puedo predecirle lo que sucedería si se negase.

—Diga a ver.

—Le hundirían la goleta, torpedeada, si saliera al mar. Si se quedase en tierra, morirían menos gloriosamente. No, por favor, no crise los puños. Usted es mucho más fuerte, pero el matarme a mí, nada variaría en su futuro destino. Hágame caso. Continúe beneficiándose, y estimo como prudente advertencia su legítima sospecha de que el Servicio Secreto aliado, le vigila. Pero usted es inteligente, muy inteligente, y sabrá evitar que le cojan. Varíe las rutas, ingéniese, pero que el nitrato sea entregado. Aquí tiene el dinero, y puede contarlos. Son dólares en circulación... y cualquier tripulante del submarino que corre muchos más riesgos que usted, apenas percibe diariamente diez centavos de dólar.

—Pero sirve a un ideal. Yo no.

—Por eso, al igual que cobra mucho, no puede desertar.

—Bien, haré este viaje, pero en interés de nuestras dos compañías, mejor será busque otra que no sea la mía. Usted me ha calificado de inteligente. Por esto mismo, es necio continuar.

—Consultaré, capitán Retamar. A su regreso, aquí mismo le diré lo que ha decidido mi compañía.

En pie, chocó el alemán sus tacones, y Rafael Retamar, recogiendo los mapas y el fajo voluminoso de billetes, abandonó aquella choza de capataz «suizo» de cafetales.

Herr Braun «consultó» y dos días después recibía la tajante respuesta a su largo mensaje radiado clandestinamente. La orden emanaba del despacho central del Servicio Secreto alemán, radiado en una isla abandonada al Sur del Cabo Hornos, en plena Patagonia.

Los pitidos de la emisora iban siendo traducidos por *Herr* Braun.

«Colabore plenamente destrucción total goletas y tripulaciones compañía Retamar inmediatamente efectuada entrega mercancía».

«Colaborar» significaba, pues, que había otros lanzados a la misma operación destructora. Posiblemente motilones o caribenses, contratados a tal fin. *Herr* Braun, antes de montar a caballo, suspiró. No podía comprender cómo un hombre tan inteligente como Rafael Retamar, además de perder mucho dinero con su negativa, renunciaba al privilegio de seguir sirviendo al Tercer Reich.

Y muy sinceramente, *Herr* Braun, al igual que sabía que estaban ya sentenciadas las goletas y sus tripulaciones enteras, lamentaba que fuera preciso acudir a aventureros codiciosos, sin ideal.

Rafael Retamar miró a Olimpia, que entraba en su cámara.

—Está ya curado. Pero la fiebre ha sido larga, y la mentalidad del prisionero no ha reaccionado aun. Además, yo creo que no es muy inteligente. Es casi un bruto sin la menor cultura, Rafael. No es posible que la

C. I. A.,

haya empleado a un hombre así.

—Hace dos años que te adoptó, Olimpia, porque eras la hija de mi único amigo. Te gustó la aventura, y no quisiste continuar en el

pensionado de Río de Janeiro. Preferiste estar a bordo de la goleta. Has jurado obedecerme. No debes pensar por tu cuenta, sino hacer lo que yo te ordeno. Has de lograr que el espía hable.

—Es muy torpe de seso.

—¡Pero es un espía, que ha hecho fracasar un negocio como nunca más se me presentará! Y me ha puesto al borde del peor peligro. Que me aniquilen los mismos que hasta ahora me han pagado. El alemán me ha amenazado discretamente, y sé que tan pronto haya yo descargado el nitrato, no tendrán descanso hasta suprimir mi goleta, y a todos nosotros.

Junto al camarote, en el exterior, un hombre escuchaba. Se retiró al oír la respuesta de Olimpia Gonzaga:

—Obedezco. Trataré de averiguar.

Curro Saldaña, echado en la estera, sin mantas, abrió los ojos. Iba sintiéndose resucitar. Ni su sueño era tan pesado, ni en su mente había tanta obscuridad. Le gustaba la enfermera...

Y sonrió con agrado al verla entrar con el jarrito de *whisky* con limón, y la bandeja de frutas.

—Está casi bueno el hombre —rió ella.

—Mejor voy a ponerme, si me das ron en vez de esto, y carne... Tanta fruta me da la idea de que soy una mona.

—Estuvo muy malito. Debe acabar de curarse bien.

—Tengo una flojera espantosa. Se me curaba a la que pudiera yo beberme un cuartillo de ron, y cosa así da la docenita de chuletas con arroz requemado. Y dime, guapaza. Siempre te apartas como si me tuvieras miedo. Pero la cosa es que me huelo que estoy vivo, gracias a ti.

—No le tengo miedo, pero usted se puede figurar cosas que no son. Me ve a bordo de una goleta, sola mujer, y puede creerse lo que no es.

—Yo seré poco ilustrado, como ya me has dicho, pero a hombre no me gana ni el presidente de tu tierra que llamas Brasil. Se echa de ver que eres señorita, pero también no se puede negar que estás preciosa...

—Beba y coma. Hablo yo ahora, Saldaña.

—Llámame Curro, que somos amigos, ¡qué caray!

—Beba y coma. Y sepa que me llamo Olimpia Gonzaga, y fui adoptada por el capitán de esta goleta, hace dos años. Mi padre era

su mejor amigo, y yo salí del pensionado porque quería ver mundo.

—¡Toma! Igualito que yo.

—Y usted ha pasado larga fiebre, pero no me engaña. Usted sabe ya por qué está aquí. Usted está prisionero, porque le creen espía. No hable aún. Yo *tengo* que obedecer al capitán, y quiero demostrar que usted no puede ser espía. Ayúdeme. Sería horrible que el capitán le diera muerte. Sería horrible que la codicia del oro, impulsara al capitán Retamar a un acto tan inhumano.

Curro Saldaña se secó la boca con un revés de mano. Un gesto que le cansó. Dijo:

—Dame ron y carne, para que vuelva a ser yo del todo, Olimpia bonita. Te comprendo a ti, pero no acabo de entender por qué el amo tuyo, no me ha tirado ya al mar.

—Ahí vamos.

Dos palabras que pronunció Rafael Retamar entrando. Cruzados los brazos examinó al prisionero, medio incorporado en la esterilla.

—La goleta va a zarpar, tal vez para su último viaje, Saldaña. Y hay culpa en ti, la has de pagar. Ven, Olimpia.

Ya fuera, hizo Retamar una señal a dos hombres que esperaban, los cuales, entrando, no tuvieron dificultad en atar manos y tobillos de Curro Saldaña.

—Has dicho que sería horrible que la codicia del oro me impulsara a matar a éste espía, Olimpia. No es inhumano matar a un espía. Es defenderse.

La brasileña inclinó la cabeza con abatimiento, replicando:

—Oí lo que tu hermano decía, Rafael. Tú me obligaste desde un principio a tutearte y llamarte por tu nombre, porque decías que lo contrario te envejecía. Mi padre murió a tus órdenes. El eligió esta vida de peligro, y no tienes culpa. Hasta ahora te respeto, pero serías un monstruo si dieras muerte a tu propio hijo.

—¿Le dijiste a él algo de lo que escuchaste?

—No. Ni he de decírselo. Sé que odia al padre que le abandonó.

—Vuelve con él y puedes darle ron y carne. Que se fortalezca.

—¿Qué harás con él?

—Ya lo sabrás a su tiempo.

Olimpia recogió la garrafita de ron y la fuente de carne asada, que el cocinero preparó por orden de Rafael Retamar. El cocinero hizo un comentario que supuso irónico:

—Es como cebar al cerdo antes de matarle.

Curro Saldaña había cambiado de postura. Ahora, al fondo del exiguo camarote, se mantenía en pie, gracias a las cuerdas que sujetaban sus brazos y piernas a la barra vertical de hierro, que sobresalía del tabique.

Olimpia Gonzaga dijo, casi con timidez:

—Yo obedezco, Saldaña.

—Haces bien. Hay que ser agradecidos... ¡Caray, qué bueno! Este olor me da alma. Y de tu mano, la carne me será aún más sabrosa. Y el ron va a ser pura ambrosía. ¡Qué bueno!

Cuando el ron y la carne reposaban en el estómago desnudo del mestizo, ella dijo:

—Mejor que hables, Saldaña. Mejor...

La goleta se alejaba ya del puerto, internándose para no contornear el saliente de Bahía. Olimpia pasó tras la cortina que tendida separaba en dos el corto espacio. Iba a dormir...

VIII

La grata tibieza del ron y el alimento, amodorraron a Curro Saldaña, que, reclinada la barbilla sobre el pecho, dormitó.

Le despertaron unos susurros. La noche estaba muy avanzada, y había algo en la atmósfera que anunciaba el cercano alborear.

Los cuchicheos produjeron en Saldaña cierta desilusión. Estaba convencido de que Olimpia Gonzaga era una señorita..., pero tras la cortina era un hombre el que cuchicheaba.

La cortina se descorrió, y envuelta en un chal, Olimpia Gonzaga apareció, para encender una linterna. Parecía muy nerviosa.

—Ha habido motín, Saldaña. Se han rebelado todos y ahora es Ghiraldo el que capitanea la goleta. Ha venido a explicármelo todo. El capitán Retamar está preso.

—¡Vaya qué bueno! Le salió la roncha.

—Antes que te explique lo que ha sucedido, y las causas del motín, tengo que hablarte, Curro Saldaña. Seas o no espía, me dijiste qué el agradecer es de gente cabal.

—Lo es. Por eso te agradezco cuánto haces por mí, tú la más retrechera ondulona que he visto, y de mujeres algo entiendo. Eres guapa con agobió, y señorita hasta abrumar.

Sonriente, ella dijo:

—Corre peligro el capitán Retamar.

—No puedo llorar, no, que no.

—Puedes quedar libre si me juras que no has de consentir que ellos le ahorquen.

—¿Y yo, cómo puedo consentir o no consentir, si estoy amarrado?

—Si quedas libre, ¿juras no consentir que ahorquen al capitán Rafael?

—Juro no consentirlo, y cumplo.

—Tampoco tú has de ahorcarlo.

—Juro. Pero dime de qué va todo esto.

Ella iba destrabando los nudos a espaldas del mestizo, que cuando se vio libre, tambaleándose se acercó al rincón donde estaba la garrafa con ron. La alzó y a gollete bebió con deleite.

Después se frotó piernas y brazos, mientras se sentaba en la litera aun tibia, abandonada por la brasileña.

—Es complicado, Saldaña. El capitán Rafael ganaba mucho dinero en un transporte, pero al saber que era espiado, decidió abandonarlo. Más, los que le pagaban le han amenazado. Y él sabe que su goleta y todos los de a bordo corren peligro, tan pronto entregue el nitrato a la caravana de su hermano, el capitán Francisco. Esto me lo dijo antes de zarpar, y lo oyó Ghiraldo, su segundo. Ghiraldo ha amotinado a la tripulación, y han decidido salvarse, entregando a los Retamar y la carga, al Servicio Secreto aliado. Ellos, todos, te creen agente de tal Servicio. Y saben que con la entrega de los dos capitanes y la carga de nitrato, serán internados por la duración de la guerra, salvándose así de la venganza de los que pagaban este tráfico. ¿Entiendes, Saldaña?

—Sí. Venden a un amo, para halagar a otro, y librarse de una muerte casi segura. Bueno... ¿y yo? ¿Qué pinto en esto?

—Ghiraldo sabe que eres espía aliado, y tú serás así el defensor de la tripulación contrabandista ante el tribunal de guerra aliado, con tu declaración.

Curro Saldaña emitió primero un bufido. Era el estallido de la risa que invadía sus pulmones, y que reventó en carcajada prolongada.

—¡Ay, qué bueno, caray! De perro con cadena, paso a ser el patrón... Veo dónde van los amotinados. Me sirven, porque habré de servirles, suponen. ¡Cierto que sí! Yo les defenderé, y serán internados, en espera de que cese el zafarrancho.

Acababa de pensar que uno que escuchaba ajenas conversaciones, como hacia Ghiraldo, estaría ahora escuchando también. Miró a la brasileña:

—Y tú, ¿qué pintas?

—Nada puedo, Saldaña. También seré internada.

—Empecemos por donde se debe. Clarea el día nuevo, en que hombre soy porque de mis pasos dispongo. Tráeme ropa. Me gustó la que viste el capitán Rafael. Tendrá mudas, ¿no? Y más o menos,

mi cuerpo tiene.

Ella asintió, volviendo al poco con un uniforme blanco, del que sólo cogió Saldaña la guerrera, que se vistió sin abrochar. Ella le tendía unas botas, que él denegó, diciendo:

—En tierra, sí. Aquí, mejor ando pies desnudos. Llama al Ghiraldo.

Salíó ella para regresar en compañía de un sujeto alto, flaco, que sonreía servilmente. Curro Saldaña le tocó en el pecho con el índice:

—Cambiate de dueño, tú... No va mal el plan, y hay cosas que podrás ponerme clarito después. Ahora, sólo una me interesa. ¿Conoces el rumbo que debía tomar el capitán Rafael?

—Sí, señor. Dióle ya cita en el mismo paraje al hermano.

—Pues tú lleva para allá, que del resto me encargo yo. Y hay algo que se ve muy bien. Los americanos pagarán la carga, y os internarán, si yo les hablo bien de vosotros. Y así lo haré con tal de que hagáis lo que se debe. Y lo que debéis hacer es dejarme a mi llevar el asunto. Tú lleva el timón hasta que nos reunamos con el otro Retamar. Ahora, fuerita de aquí.

Ghiraldo saludó, yéndose. Olimpia explicó:

—Traicionan, porque se saben perdidos. O caen en manos de los que les pagaban, o en las del Servicio Secreto aliado. Y en ambos casos, mueren. Su único medio de conservar la vida, es entregarse.

Curro había tomado ya su resolución. Afirmó el pie, yendo hacia el umbral. El sol doraba ya la cubierta de la goleta, muy semejante a la «Sierra del Cobre». Y en su centro, el sol también aureolaba la silueta del hombre atado al pie del palo mayor.

Rafael Retamar tenía en el rostro las huellas de una contenida furia, mezcla de indignación y desprecio.

Curro Saldaña se fue acercando, y con las manos hacía un gesto muy expresivo. Parecía ahuyentar moscas, pero significaba con ello que se apartaran los que rodeaban al excapitán.

Ghiraldo gritó:

—¡Fuera todos! ¡A los sitios! ¡Fuera!

Despejóse el trecho de cubierta, y Curro Saldaña se detuvo ante el atado. Entre dientes, Rafael Retamar eyaculaba:

—¡Cochinos traidores!

Curro Saldaña asintió, gravemente:

—Lo son, y tuya es la culpa. Les dabas dinero y malos ejemplos. Yo te pedí que me mataras, y no lo hiciste. Querías sonsacarme. Las tornas cambiaron, tú...

Rafael Retamar miró fijamente a su hijo, y rió con frenesí silencioso, encendidos los ojos en brillo rayano en locura. Curro Saldaña se sintió molesto.

—Tú... Esta risa te daña.

—Sabes... Si tuvieras ilustración, también te reirías, pero debes ignorar el significado de la palabra folletín. Es folletinesco lo que está pasando, porque así es la vida que elegí. Pude matarte y no lo hice. Y ahora...

De pronto, miró ferozmente a Olimpia, que se disponía a hablar, y gritó:

—¡Por la memoria de tu padre, calla, o maldición sobre ti!

Curro Saldaña contempló de soslayo a la brasileña, en cuyos ojos se leía un inmenso horror. Habló lentamente:

—Le juré no darte horca. Ella no traicionó, pero es mujer sola, y nada puede contra todos nosotros. Dime ahora, tú... Has perdido la goleta, y éstos quieren entregarte, muerto o vivo. ¿Y a qué hablas de folletín? No soy tan asno como parezco. Bien me sé que llaman folletín a los malos golpes que la vida tiene. ¿Dónde está aquí el folletín? No hay más que cambio de tornas. Dispusiste de mí, y ahora dispongo de ti. ¿Y pues, qué?

—Ataja. Lo que debas hacer, hazlo.

—Lo mismo te dije y no me atendiste. Tenías un derecho al considerarme un enemigo. Darme muerte, no agonía larga de espera. Te pedí la ley del machete, pero ésta sólo la dan los machos. Yo, por ejemplo... En tu cámara, allá los dos, y el que salga con bien, se las compone.

Mientras así hablaba, fue Saldaña quitando el cable que unía los atados brazos de Rafael Retamar al palo.

—Vamos allá, tú...

Rafael Retamar, atado de brazos, se dirigió hacia su camarote, cuya puerta abría Olimpia...

Un mulato corrió hacia Ghiraldo, que aplacó su pregunta, diciendo:

—Le quiere dar él mismo el pasaporte. No es cosa nuestra.

—Pero ¿y si sale vivo Retamar?

—Hay rifles apuntando. A lo tuyo.

Cerró Saldaña la puerta, adosándose a ella. Por el camino había recogido dos machetes, poco más largos que un cuchillo.

Sin mirar a la brasileña, dijo:

—Puedes presenciar que no doy horca. Desátale, y libre quedas de estar aquí a salir fuera. Te aconsejaría mejor salir, ¿sabes? Es brava la lucha de machete, pero poco hecha a ojos de guapa.

Ella, aproximándose al capitán Retamar, replicó:

—Si queda libre, lo matarán los de Ghiraldo.

—Mayorcito es para evitarlo, el es que logra ganarme. Tú habla... ¿Sabes de machete?

—Sé. Es el arma de los que conocemos maniguas y selvas. Olimpia, yo te ordeno que salgas de aquí. Me debes obediencia y lo que aquí pasé no es culpa de él ni mía. Obedece.

—No podría vivir si ahora te obedeciera, porque... ¡es horrible!

—No lo es. Para él nadie soy, sino un verdugo, y a su modo, es noble el mozo. —Y habló con orgullo Rafael Retamar—. Buena sangre la de tu madre, Saldaña. Quieres vengarte, pero de frente. ¡Desátame. Olimpia!

—¡No!

—Entonces, donde hay dos hombres, sobran mujeres.

—¡Cabal! —aprobó Curro Saldaña, que enlazó por los hombros a la brasileña, forzándola a ir hacia la puerta. Ella se debatió, pero al fin, persignándose, dejó de forcejear.

Y al cruzar la puerta, dijo:

—Dios no ha de quererlo.

Cerró Saldaña, y, aproximándose, cortó con su machete los bramantes que unían los codos de Rafael Retamar. Tiró a sus pies el otro machete, y adoptó, dando dos pasos atrás, la postura de la «brava lucha».

Los dos puños sobre el pecho, aplicaban la ancha hoja en contacto con la piel. Y dijo, ceñudo:

—Desde un principio, el asunto no me gustó. Pero me pagaron dos mil «yanquis» y Cárdenas me dio plazo. Tampoco yo le prometí nada fijo, que bien le dije que haría según viera.

—Entonces, lo confiesas... Eres espía.

—Si así lo quieres, lo soy. Pero ahora, la charla sobra. Tu hermano hizo como tú: me consideró un fardo sin alma. Tuvo que

darme muerte, pero no darme agonía.

Rafael Retamar se cruzó de brazos, sin recoger el machete a sus pies. Dijo, con extraña sonrisa:

—Vas a llevarte muchos desengaños en la vida, Saldaña. La ley del machete pasó ya. Hoy los hombres no dan la cara así como así. Todo es turbio, y sólo hay una verdad: el oro. Mi goleta vale una fortuna, y es tuya. Véndemela.

—¡Qué bueno! Se nota que has estado siempre entre «turbios», que compran y venden. A mí me basta mi ron del día, mi pitanza sabrosa, y los besos de una mujer. ¿Acaso todo el oro de tu goleta me iba a dar más ron del que puedo beber, ni más comida que puedo tragar?

—¿Por quién luchas? ¿A qué servicio estás?

—Pues que muy sencillo... Estoy al servicio de Curro Saldaña, y lucho por Curro Saldaña. Cosa buena.

—Mientes, puesto que reconociste trabajar por Cárdenas.

—Le dije que vería a ver, y viendo estoy. Tienes tú mucho empaque... Se ve que crees soy un fanfarrón, como dijo tu hermano. De aquí, sólo uno sale vivo, y ya puedes asegurar que voy a ser yo. ¿Por qué sé más que tú de machete? No..., porque me asiste la razón.

—¿La razón del que finge amistad y espía?

—La razón del que, como yo, todavía no sé siquiera que manejos os traéis con mapas, mulos, lanchas y goletas. La razón del que vio morir a un inglés, muy contento, sonriendo, y me dijeron que era porque había cumplido su deber. Así quiero morir yo... y así no morirás tú, porque sólo tienes un amor: el oro.

—Puede que creas cuánto dices, pero yo rondo los cincuenta, y sé más de la vida que tú.

—Coge el machete.

—Lo haré, porque sé que así lo has decidido. Pero nos podemos matar sin odio, Curro Saldaña.

—¿Odio? ¿Con qué se come esto? Tuviste el derecho de disponer de mí, y yo ya he empleado el mismo derecho. En paz quedamos.

—Eres muy joven para ser juez, tribunal, sentenciador y ejecutor, pero es indudable que heredaste sangre noble.

—Cierto que sí, por parte de madre. Ataja, como dijiste antes.

Rafael Retamar se aproximó a una alacena empotrada. Al abrir

los cristales, vio reflejada en el azogue la cara de su hijo, acechándole.

Sacó una copa de plata, y un frasco de cristal tallado. Siempre de espaldas, dijo:

—Podré beber un buen trago, ¿no?

—¿Y pues? Tú y tu hermano tenéis mucho empaque. Señorones metidos en barro.

—Bien dicho, Curro Saldaña. Nacimos él y yo en cortijo de señores, allá en tierra española. Nos tiró la aventura, y cuando nos jugamos la herencia, me hice marino, y él trabajó en los campos...

—¿A mí qué de tu historia?

—Para que te sirva de recuerdo.

Y Rafael Retamar elevó la copa de plata, brindando en silencio. La apuró de un trago. Recogió el machete.

Curro Saldaña sintió una desazón indefinible. Veía en los ojos del hombre con el cual iba a luchar a muerte, un empañamiento incomprensible.

No era miedo ni odio lo que impulsaba las lágrimas sin formar en los ojos del capitán Rafael Retamar. Y Curro Saldaña masculló:

—¿Qué cosa es, tú? Parece como si sintieras una pena muy honda, y hace ya años que debiste acostumbrarte a la idea, de que no morirías en la cama.

—La muerte no me arredra, porque ha sido compañera constante. Tampoco ahora pienso en mi oro. Y hasta perder mi goleta, no me apena. Es otra cosa. Antes dijiste algo muy filosófico, sin saberlo, Curro Saldaña. Citaste la sonrisa del inglés. Y esto... ¡no puedo comprarlo nunca!

Retamar abombó el torso, y tosió para aclararse la garganta, al añadir:

—Vaya una última pregunta, Curro Saldaña. ¿Conociste a tu padre?

—Mucho interés tenéis los dos Retamar en saberlo. ¿Y qué os va ni os viene en esto mío?

—Es que yo le conocí.

—¡Ah!... ¡Ah!... Ya voy comprendiendo lo que en los dos me sentaba raro. ¿Vive el tal?

—Vive.

—¿Y puede saberse cómo se llama?

—¿Qué más da? Era un hombre joven, que amó...

—¡Calla tú! —rugió Saldaña, avanzando un paso, en alto el corto machete.

—Debo hablarte de ello, porque aquel hombre era bueno entonces... y tuvo que huir, ya que en pelea mató. Pensó volver, pero aplazaba la vuelta hasta que el tiempo fue pasando, y él iba como yo... pensando solo en oro.

—Y tu fin tendrá.

—Cierto. Pero es curioso que nunca ella te hablase.

—Porque muy señora es. Fió en la palabra del canalla sin perdón, porque feo es mentir a hombre, pero no hay perdón para el que miente a mujer enamorada.

—Tuvo que huir, como tú...

—Pero si tuviera yo novia a la que palabra diera de casamiento, al huir, conmigo me la llevara. ¡Ataja! Que tú y el otro tenéis demasiado pico.

Rafael Retamar tocó la punta roma del machete. Después lo sopesó, y por fin, dijo:

—Si te mato, los otros esperando están el matarme.

—Mejor mueres dando, que colgado atado. ¡Dale ya!

Fuera, pegada a la puerta, Olimpia Gonzaga gimió al oír los primeros choques de acero. No podía revelar un secreto, que el propio Retamar no quería fuese sabido. Y obscuramente, comprendía las razones de Rafael Retamar, porque acababa de oír lo que Saldaña sentía hacia el «joven marino»...

Rafael Retamar se batía diestramente, porque múltiples veces lo hizo para vencer.



Se batía diestramente

Curro Saldaña iba a matar, pero su instinto de luchador le fue advirtiéndolo algo incompresible.

Aquel enemigo no ignoraba ningún recurso de la difícil esgrima de tajos. Sus músculos no eran los de un hombre cincuentón, sino los de un atleta endurecido en la aventura.

¡Y, sin embargo, no «iba a matar»! ¡Era..., era como un suicidio! ¿Por qué? ¿Por qué aquel esgrimidor que maquinalmente daba a su muñeca los giros precisos y a su cuerpo le ordenaba los saltos adecuados, se limitaba a esperar...?

Curro Saldaña estaba en su elemento. Una charla que dominaba. Dio un esguince, y presentó el cuello, dispuesto a parar a tiempo. El machete adversario no bajó.

Furioso, Curro Saldaña abatió con fuerza el puño armado contra la frente adversaria. Rafael Retamar se tambaleó, entrecerrados los ojos. La sangre brotó de la brecha, y creyendo morir, Retamar, al caer arrodillado, bisbiseó:

—Perdonados me sean... mis pecados...

Se abatió de bruces, soltando el machete. Curro Saldaña, jadeando, enfundó el suyo. En la puerta, los puños de Olimpia Gonzaga repicaban.

Saldaña se arrodilló, uniendo en la espalda, con bramante, los codos del desvanecido. Le dio vuelta, y restañó la herida con vino.

Lo transportó hasta el banco, en el que lo sentó, atando los bramantes en un saliente. Fue a abrir, y Olimpia irrumpió corriendo...

Vio Saldaña los rifles encañonados al final del puente, y al divisarle, gritó Ghiraldo:

—¡Fuera! ¡A su sitio todos! ¡Ganó el que debía!

Olimpia Gonzaga, sentada junto a Rafael Retamar, lloraba por nervios, pero sonreía sin saber a qué se debía aquel final inesperado.

Curro Saldaña refunfuñó, furioso:

—Lo mismo que a mí. Dale pitanza y bebida. Este español no me jugó a la limpia. Era... como si quisiera suicidarse. Y a mí no me emplean como verdugo. Que se las entiendan con él, los de la ley moderna.

Fuera, sé dirigió al timón, donde Ghiraldo asía los gobernalles.

—No le mató, y queda prisionero. Los yanquis se la entenderán con él. Me avisas cuando lleguemos al alcance del otro Retamar. Y no me digas que ella puede darle libertad, porque no sois vosotros mancos. Si quisiera escapar, que no lo creo, allá los rifles.

Regresó Saldaña hacia el camarote, pero se acodó en el pasamanos, mirando hacia el mar. Le parecía adivinar la causa del

«suicidio». Dando por perdida su goleta, sin poder ya disfrutar del oro acumulado, Rafael Retamar prefería morir a manos de un rival.

Ya... Pero él, Curro Saldaña, no mataba a víctimas resignadas.

En el camarote, recuperó el sentido Rafael Retamar, y ella se apresuró en decir:

—No sabe nada. No mató porque dice que te quisiste suicidar. Te entregará al Servicio aliado.

—¿Qué más da? He perdido... yo. Pero queda mi hermano. ¿Tú, qué *haces* aquí?

—Cuidarte. Ghiraldo y los otros vigilan con rifles.

—No seré tan necio de pretender escapar. Dame de beber. Tiene el puño recio este mozo.

—Y buena sangre —lloró ella, cohibida.

—Seguro.

Cuando entró Saldaña vio a la brasileña vendando la frente de Retamar. Se sentó en la misma mesa.

—Vosotros, la gente ilustrada, sois poco claros. Pero mi pluma es mi machete. Si querías suicidarte, no haberme escogido a mí. Éste es tu camarote y aquí te quedas, hasta que otros dispongan, que no yo. Y tú con él, guapa... Pero fuera hay rifles. Sabido queda.

Volvió a abandonar el camarote para ir al que había sido su prisión, llamando antes a Ghiraldo, que entregando el timón a otro, acudió presuroso.

Saldaña se tendió en la litera de la brasileña.

—¿A dónde vamos ahora?

—A reunirnos con Francisco Retamar, señor.

—¿Qué has planeado?

—Los de Francisco, a lo mejor no quieren entregarse. Hemos pensado atacarles por sorpresa y barrerlos.

—Lobos que se muerden me encanta, y me tiene sin cuidado. Pero hay un detalle. El otro Retamar ha de estar muy vivo, porque lo necesito.

—Estará, señor. Yo puedo hacer que le cojan vivo.

—Puedes, no. Lo harás... o si no, ya estás escondiéndote en agujero de topo, que si no te encuentran los unos ni los otros, yo si te sacaré de dentro a machetazos.

—Lo haré, señor. Cuando desembarquemos en las lanchas.

—Metes al Retamar en su laucha, y que esta goleta siga su

suerte.

—Entregada a los aliados, señor.

—Bueno. Ahora ponme bien clarito todo este potaje de los mapas, y la carga.

—El capitán Rafael, en el puerto del que hemos zarpado, recibía el mapa contraseña, que usted ha visto. La mención del pie significaba la latitud y longitud exacta donde el submarino emergería a recoger la carga de la goleta. El mapa que usted vio, donde dice «Ciudad de los Césares, 6853», correspondió a la penúltima descarga que hicimos. La anterior a la que usted estuvo presenciando... Y el capitán Francisco la entregó en el lugar donde saldría el submarino, porque las letras que forman las tres palabras, tienen su significado, que no sé, pero que señalan el lugar. El último mapa, qué dice «Maroni» lo entiendo, porque da frente a la Guayana francesa y holandesa, y la cifra nueva señala la latitud y longitud, donde saldrá el submarino.

—¿Los tres cuadritos con rayitas?

—Bases aliadas, como ya sabe el señor. Un cerco que los submarinos no pueden pasar, pero sí una goleta alguera o conchera.

—Voy viendo. ¿Y las curvas y los círculos?

—Es un mapa común de una línea aérea, pero para los dos hermanos, señalaba la ruta del nitrato, que unas veces era depositado en Buenos Aires, otra en Montevideo, y también en Sao Paulo. En La Habana sólo una vez, porque resultó peligroso.

—Total... La cosa está en lo escrito abajo. Bueno, largo y a lo tuyo. Oye... Olimpia anda por donde quiere y nadie la mira. ¿Lo entiendes?

—Por entero, señor, por entero. A la orden.

Al irse el brasileño, Curro Saldaña se rascó la nuca.

El inglés Cork recibió una puñalada mortal, y él, en la misma tarea, encontraba adulones serviles. Traición por doquier. Se durmió a placer.

Al tercer día de navegación, en la borda, junto a él vino a acodarse Olimpia Gonzaga.

—Hola, hermosa.

—Me gustaría saber lo que te propones.

—Volver a mi isla. Ghiraldo si queda vivo ya le explicará al comisario Cárdenas todo el potaje. A mí sólo me queda un asunto

por resolver: darle machete al otro Retamar. Me dijo que si podía disponer, hubiese hecho que me tundieran, para arrastrarme. Y era capaz. Ésta me la paga. Y a éste sí... aunque quiera suicidarse, que lo dudo, lo rajo de arriba abajo.

—Ghinaldo entregará a Rafael a los aliados.

—¿Y pues? A mí no me va ni me viene. Esto del nitrato le daba mucho oro y al quedarse sin nitrato, le salió mal el negocio.

—Los aliados condenan a ser fusilados a los que, mandando nave, suministran material de guerra, como lo es el nitrato, al enemigo.

—Ponlo al revés. Y esto lo sabían los Retamares. No son doncellas sorprendidas en su buena fe. No les tengo la menor compasión.

—¿Y si yo... yo te pidiera que salvaras a Rafael Retamar?

—El vicio no está en el pedir, sino en el dar.

—No siento amor por ti, pero... sí algo extraño, porque eres...

—Lo que soy, me lo sé, y así nada me dirás de nuevo. Y, además, óyeme bien. Una vez hace años, dije yo que ni por oro ni por hermosa, cambiaba de parecer. Eres linda, te besaría gustoso, y no te echo en cara, pretendas salvar a Rafael Retamar. Pero no te sacrifiques, paloma, porque no soy de la fibra de los que cambian de decisión porque les enseñen oro, o una mujer les finja sumisión. Y tan amigos, ¿sabes?

Ella sonrió, íntimamente conmovida:

—Creo que hay pocos hombres como tú, Curro.

—Eso dicen todas las que me tratan de cerca —rió Saldaña.

Y ella ahora fue sincera al decir espontáneamente:

—Conseguirás cuánto te propongas, porque eres leal.

—Batacazos me profetizó el mayor de los Retamares. Pero eso sí, lo que me sé es que si me toca la justa y pierdo, no gruñiré al irme al otro mundo, porque a mí, por ahora, la conciencia nada me reprocha.

—Dios te proteja, Curro Saldaña.

Y ella, corriendo, se alejó. Saldaña masculló:

—Todas iguales. No las entiende ni el que inventó, eso de la filosofía, que son ganas de hacer obscuro lo que está claro.

No volvió a aparecer Olimpia Gonzaga, en el resto del viaje. Cuando la goleta ancló al final de la zona navegable por su calado,

del río Orinoco, de la cala, en reata, los mulos cargados de nitrato, pasaron a ser amarrados en las lanchas planas.

En una de ellas, quedaron bajo el toldo, Olimpia y Rafael Retamar. En otra, con fruición, se tendió Curro Saldaña.

El transcurso de las horas le acercaba más al otro Retamar, y a su Cuba. Había decidido que en la próxima emboscada no tomaba parte ni por unos ni por otros.

Francisco Retamar le cogió de sorpresa, y así le devolvería la moneda. Era lo natural. Podía ser leal, pero no hasta el extremo que era bien definido por los negros «ilustrados» de la manigua:

«¿Y pues, qué? ¿Esperabas ron si diste vinagre?».

En toda aquella aventura, no era la pasada privación de ron, ni el verse con fiebre humillado, lo que más le dolió a Curro Saldaña. Era... volver a su isla natal, sin poder olvidar a la que en aquellos instantes compartía el destino final de Rafael Retamar.

Había dicho Ghiraldo, que los aliados sólo internarían a la brasileña. Y eso no lo veía claro Saldaña.

Al segundo día, cuando las lanchas iban menguando la marcha, apareció Ghiraldo:

—Allá están los de Francisco Retamar, señor.

—Pues a lo tuyo, y a lo dicho. Es mío el capitán. Ghiraldo salió del toldo, y Curro Saldaba se mordió el pulgar. Iba a haber pelea, y no podía tomar parte.

IX

Oyó el estallido de una descarga cerrada, que la selva ahogó entre su vegetación. Después, un largo silencio.

Los lobos habían mordido. Se asomó, y vio que ante el toldo de la lancha donde se hallaban Rafael Retamar y Olimpia, había dos brasileños montando guardia, rifle terciado.

Saltó a tierra, y al poco apareció Ghiraldo.

—Cayeron, señor. Pero no estaba entre ellos el capitán.

—A verlo.

Ascendió, y fue viendo uno a uno los cadáveres de los acribillados en la emboscada. Reconoció a Ramiro, al negro Tobago, al uruguayo...

—Buen plan el tuyo, Ghiraldo. Escapó el principal.

—Dejé con vida a los dos guías motilones.

Y señaló un mulo sobre el que estaban atados los dos motilones domésticos. Uno de ellos era el que había echado tela sobre el prisionero picado de mosquitos.

Curro Saldaña se le acercó, pasándole la diestra por los lacios cabellos.

—Sin miedo, hombre. Tú estabas empeñado en que yo bebiera, y me diste defensa contra los bichitos. Se agradece. ¿Qué fue del capitán?

—Dio mensaje para otro capitán Retamar. Lo llevaba aquel que tiene cerco de oro en el brazo y la cara picada.

Señalaba a Ramiro Cruz, yaciendo entre otros... Desató Saldaña al indio, diciéndole:

—Libera a tu compañero, y atiende bien. Pasito corto y hacia los camiones. Rifle si pretendes escapar. Bueno... Oíste, Ghiraldo.

Se aproximó al cadáver, y dijo:

—Tú... Sácale lo escrito que tenga encima.

Poco después, le entregaban una funda de mica.

Leyó lentamente el mensaje escrito por Francisco Retamar:

«Rafael:

»No debiste aceptar más carga. Tengo la goleta vigilada. Espero con los camiones y tomarás el mando. Yo me voy a descansar. Eres el mayor, pero es imprudente repetir el negocio, cuando tenemos acechando al Servicio Secreto aliado. Vendí la goleta en trato secreto. No quiero terminar fusilado. Hay otros mares y tierras donde emplear bien el oro sudado. Te espero».

En vez de firma había tres círculos. Debía ser la firma empleada entre los dos hermanos. Doblo Saldaña el papel, introduciéndolo de nuevo en la funda, y lo devolvió a Ghiraldo.

—Colócalo donde lo cogiste. Enterrad a esta gente, menos a Ramiro y el mensaje, que a lomos de mulo, ha de llegar a su destino.

Se volvió de espaldas. Otras hienas, que antes de enterrar, iban vaciando bolsillos, y quedándose con los cintos forrados de dinero.

Pensaba en Rafael Retamar. Atarlo era humillarle, y no le gustaba. Subió a la lancha, penetrando bajo el toldo.

—Hola los dos. Hay mulos libres. Puedes cabalgar uno tú. Libre. Pero los rifles de tus tripulantes te vigilan. No digo más. Y tú, guapa, vaciaré alforjas para que vayas cómoda. Vamos. Desátale. Fuera hay dos rifles, tú...

Volvió a salir y poco después lo hacía Retamar apoyándose en el hombro de Olimpia, libres las manos. Tras ellos, los dos brasileños, encañonaban los rifles.

Uno de los «rendidos» contuvo una exclamación al ver que Curro Saldaña vaciaba la rica piedra blanca, volcando las alforjas, ayudando después a Olimpia a subir.

Ghiraldo miró los mulos de vacías alforjas, uno de los cuales podía haber elegido el «agente secreto» sin desperdiciar nitrato. Pero pensó que sería un gesto simbólico, como dando a entender que en Norteamérica sobran explosivos.

Rafael Retamar se había dirigido a un mulo de los traídos por la tripulación del «Sierra del Cobre».

Prestamente, Ghiraldo quitó el rifle contenido en las alforjas. Y la caravana se puso en marcha hacia los camiones.

Los dos motilones guías eran pisados casi por Ghiraldo y otros tres. Retamar y Olimpia cabalgaban juntos, precedidos por dos, y seguidos por cuatro.

Al final, Curro Saldaña a lomos de mulo, pero de frente, tenía ansia ya de oler a Caribe, y ver sus palmeras natales. No le gustaba «viajar».

Por la noche, Ghiraldo solicitó el permiso para atar a Retamar y los dos indios motilones, alegando que si escapaban alertarían a los que esperaban.

Accedió Saldaña. Todo lo referente a la entrega de aquellas hienas, le tenía sin cuidado.

Adosado al tronco que eligió, después de beber y comer, miró con agrado a la que se acercaba.

—Buenas noches, Curro.

—Lo son, viéndote.

—Nadie enciende fogata. A duras penas te veo.

—La chispa de tus ojos me ilumina. Dame la mano, si quieres sentarte.

Ella tendió la diestra, y él la ayudó a sentarse sobre la hierba.

—¿A dónde piensas ir después, Curro?

—Veré a ver lo que me diga Cárdenas. Soy rico, ¿sabes? Tengo dos mil «yanquis» bien ganados. ¿Y tú, a dónde vas a ir?

En la obscuridad sonó trémula a voz femenina:

—No sé bien. Llevo carta que me ha escrito el capitán, que depositó todo su dinero en Puerto Rico, y allá con esta carta, un Banco me pasará mensualmente cien pesos toda mi vida.

Curro Saldaña asintió, diciendo:

—¡Qué bueno! Te arreglaste, pues. Seguro que irás a la capital de Cuba, que es la más...

De pronto, se calló, sintiendo que un velo se descorría, iluminando tinieblas... Sus uñas se hincaron en las palmas de sus manos, al cerrar convulsivamente los puños.

Puerto Rico... Un Banco... Pensión mensual...

Trató de hablar con indiferencia:

—La Habana, la mejor capital. ¿Y qué más piensas hacer?

—Hija soy de aventurero, y era muy rebelde en el pensionado. Si el hombre que me quiera, me pide, ya no estaré sola. Y lo dice la escritura sagrada, que la esposa seguirá por todas partes, para bien

y para mal, a su esposo.

—Bien dicen. Tengo sueño, hermosa. Y el viaje aun es largo. Adiosito.

Ella se levantó. No había fallado a ninguna promesa. Era cierto que Rafael Retamar le había dado documento que equivalía a pensión vitalicia.

Esperó anhelante, pero Saldaña no se acercó al sitio donde estaba atado su padre. A la claridad del día, Curro Saldaba en vez de cabalgar a retaguardia, pasó al frente.

Una manera de no mirar al que fue un «joven marino»...

Y al tercer día, se cumplió un refrán que Saldaña conocía:

«Los que ponen cepos, se pillan en ellos».

Atravesaban barrancada en el laberinto de grietas, cuando estalló en el pesado día caluroso, una imprevista tormenta.

Un fusil ametrallador, que abatió certeramente a los tripulantes de la goleta «Monte Clara».

Y sobre Curro Saldaña cayeron en racimo tres indios motilones, derribándole. Desquició las mandíbulas de uno y casi acogotó al segundo, pero el tercero había ya dado remate a la lazadera que le inmovilizó los brazos contra el cuerpo.

De la cercana cima, surgió Francisco Retamar, humeante el fusil ametrallador. Por el suelo, esparcíanse, acribillados, Ghiraldo y los restantes.

En pie, Rafael Retamar se apoyaba en los hombros de Olimpia. Francisco Retamar trazó un semiarco con su fusil ametrallador, pero no tuvo que apretar el gatillo, ni estrenar el nuevo cargador.

Los mulos, desparramados, emprendían trote alocado. Desapareció el hermano menor, que al poco surgió ante Rafael Retamar. Éste, secamente, dijo:

—Bien llegado, Francisco.

—Una fórmula apropiada al caso, Rafael. Mandé a un explorador, que me avisó del avance del convoy, en forma inesperada. Una vez, ¿recuerdas?, hiciste algo semejante. Me agrada haberte devuelto la prenda. Tengo los dos camiones, pero sería insensato ir a Barranquilla. No obstante, tú dispones de lo tuyo.

—Huir al Sur.

Ambos miraban a Curro Saldaña, estrechamente inmovilizado por la doble lazadera. Dijo Rafael Retamar:

—No sabe... quién soy. Me dio ley de machete, y al no pelear yo a matar, me tumbó de puñetazo.

—Allá tú, Rafael. No le disparé al mozo.

Rafael Retamar hizo un gesto, que repetido por Francisco Retamar, produjo en los tres motilones, que entre sí se atendían, la retirada peñas arriba.

Olimpia Gonzaga esperó anhelante a espaldas de Rafael Retamar, y algo más alejado, el hermano menor, indiferente, se limitó a decir:

—Hay prisa, Rafael.

—Hay prisa, Curro Saldaña. Ya lo oíste. Y arriba hay dos camiones. Uno para ti... y a lo mejor ella te acompaña. A mí me estorbaría, porque tengo que huir. Me diste brava ley, Curro Saldaña.

El mestizo de español y cubana, tenía los párpados entornados. Temía que en sus ojos se trasluciera el secreto que ya sabía.

Rafael Retamar dijo, extrañado:

—Miras siempre de frente, buen mozo. ¿Tanto te duele no haberme entregado a los aliados?

—Ghinaldo era el que entregaba. Yo sólo quería verme libre de manos ante aquel...

Abrió los ojos, que, saltones, tuvieron elocuencia. Rafael Retamar se mordió el labio inferior, rígido de pronto el cuerpo.

Velada la voz por ronquera, dijo Curro Saldaña:

—Dale gracias que atado estoy, capitán Retamar. He ido viendo, por qué no me mató tu hermano, y por qué tú... tampoco. Triste es que no pueda odiarte...

¡No te acerques!

Rafael Retamar dio atrás el paso, que impulsivo había dado al frente. Replicó, ceñudo:

—No iba a darte abrazo, sino a verte más de cerca.

—Hay prisa, Rafael —apremió Francisco Retamar.

—Ve al camión y vigila. Que los motilones se marchen. Dales los cintos de los muertos. Espérame.

—Tanto me da esperarte aquí, pero abrevia, Rafael. Los motilones son como las ratas. Han olido que nos hundimos y recogieron ya los cintos. Ataja, Rafael.

—Escucha, Curro Saldaña... Eres joven para perdonar, y razón

tienes al llamarme canalla. Pero... yo quise y sigo queriéndola... ¡No me grites! Sabes que ya no salen las cosas como queremos. Yo... soy culpable, porque quise oro, sin nunca saciarme. Pero...

—Hay prisa, señor —atajó Curro Saldaña, lívida la tez—. Tu hermano otea los riscos. Hay prisa si quieres huir, señor.

Rafael Retamar tenía el labio inferior sangrante. Habló duramente:

—Lección me diste de caballero, y has sido el primero. ¡Buena sangre la tuya, Curro Saldaña, por parte de madre!

Giró sobre los tacones, bruscamente. Casi tropezó con Olimpia Gonzaga, cuya mejilla acarició, y dijo:

—Evita tú que termine como yo. Adiós.

Se alejó corriendo, empuñando el fusil ametrallador que su hermano le tendía. Desapareció peñas arriba, y pronto se oyó el rugir del motor.

Francisco Retamar se aproximó a Curro y abrió los brazos, con gesto evasivo:

—Ni me va ni me viene, muchacho. Pero cuando veas a tu madre, tú sabrás hablarle como se debe. ¿Algo quieres decirme?

—¡Al infierno contigo! Hay prisa, y... ¡suerte! ¡Al infierno!

—Suerte. Y para el porvenir no des ley de machete, sino fusil ametrallador. Adiós.

Olimpia Gonzaga aplicó su diestra sobre el hombro de Saldaña. El motor fue trepidando hasta extinguirse, hacia el Sur.

Fue ella, trabajosamente, desatando la lazadera. Curro Saldaña ascendió, y al llegar a lo alto del risco, vio muy lejana la silueta del camión.

Otro camión idéntico, motor parado, llevaba el cartelón de la compañía Retamar. Miró al interior, porque en el asiento brillaba el metal de un fusil ametrallador.

A su lado, Olimpia Gonzaga musitó:

—¿Qué piensas, Curro?

—Si huyen es que los persiguen. Y la cosa no está clara. Yo sé conducir. ¿Debo ir tras ellos para cogerlos? ¿O es que quiero seguirles para... ayudarles?

—Lo que tu alma te aconseje, Curro.

Subió Saldaña, y ella se sentó a su lado. Puso en marcha y el camión bajó por la cinta polvorienta, donde lejos, a unos cinco

kilómetros, una nube blanca marcaba la estela de los hermanos Retamar en su huida.

X

Al volante, Rafael Retamar no hablaba. Su hermano miraba a ambos lados de la única carretera accidentada, que conducía a la frontera brasileña.

El marcamillas oscilante entre las noventa y cien, fue bajando hasta rozar las veinte.

En un viraje era visible un camión atravesado en la carretera, con varios hombres a pie, esperando. Llevaban rifle bajo el brazo, pero vestían la ropa del motilón doméstico.

—La compañía de Braun ha pagado a éstos, Francisco.

—Vira.

—No sirve. Mira por el retrovisor.

El *disco* espejo a un lado, mostraba en la carretera atrás, una docena de motilones a caballo.

Rafael Retamar paró el motor. Dijo:

—Aquí nos asan, y mejor estamos a pie.

—Mala suerte, Rafael.

Bajaron los dos, uno por cada lado. Los jinetes surgidos por entre la arboleda silvestre, se detuvieron, apeándose a medio centenar de metros.

Los del camión pusieron en marcha para ir descendiendo.

Rafael Retamar retrocedió hasta que sus espaldas tocaron las de su hermano.

—Van a dar el cerco. No quieren disparar hasta dar de lleno.

—Haremos lo mismo, Rafael.

Los jinetes volvieron a montar, picando espuelas. Los del camión ya atravesado de nuevo, se arrodillaron tras él...

Dos balazos levantaron polvo a un metro de los pies de Rafael Retamar. Oíanse los cascos repicando próximos.

Francisco Retamar fue alzando el cañón de su ametrallador...

—Podemos escapar si afinas, Rafael.

—Cuida de los tuyos, Francisco. ¡Va!

Crepitaron los dos fusiles ametralladores, entre las nubes de polvo de los caballos asaltando el atrincheramiento por el costado...

Rafael Retamar sólo apretaba el gatillo, cuando algo quedaba visible tras el camión atravesado...

Lejos se oía el trepidar de un camión a retaguardia del escenario de la matanza. Ocho jinetes yacían por el suelo, algunos arrastrados por el pie cogido en el estribo.

Soltó Rafael Retamar el fusil caliente... Se quedó de rodillas, apoyado el hombro contra el guardabarros, y la cabeza en el cartelón.

Francisco Retamar, vaciado su fusil, se agachó, recogiendo el de su hermano. Corrían disparando los dos últimos jinetes, y tres que surgían de detrás del camión atravesado.

Francisco Retamar apretó el gatillo, pero su descarga acribilló el suelo...

Otro crepitar lejano, fue haciendo dar saltos a los supervivientes, y avanzando, Curo Saldaña, apoyada la culata contra la cadera, disparaba frenético, corriendo.

Enmudeció todo, y cuando Saldaña se arrodilló a la sombra del vehículo de los Retamar, puso la mano en el corazón de Francisco.

No latía... Estaba boca arriba junto a su hermano, y encima de su destrozada cabeza se posaba la diestra de Rafael Retamar, que entre dientes, habló con esfuerzo pero claramente:

—Juntos hasta el final. Casi les pudimos, Curro... No debiste disparar... Éstos podían ser agentes como Cork.

—No me importaba. Eran muchos contra dos, y no es ley. Déjame ver donde te dieron, señor.

—No me muevas, muchacho. Llevo oro por todo el cuerpo... Oro quemante. Sucio plomo... Hay prisa, Curro. Esta vez..., la compañía Retamar queda extinguida... Pero tengo sano el brazo derecho... Saca la cartera que llevo en el bolsillo posterior, donde no dieron los plomos... Es cartera con pluma estilográfica... Te lo mando.

Obedeció Saldaña, y la mano ensangrentada de Rafael Retamar cogió la cartera-block, que apoyó sobre su rodilla.

—Quita la capucha de la pluma, muchacho... Bien... Dame...

Fue escribiendo lentamente con letra clara, y el papel enrojecía... Tardó unos minutos, y por fin la pluma cayó de su

diestra.

—Coge la cartera, y guárdala. No hay dinero... Hay prisa, porque me voy a hacer compañía a Francisco. Tú no la tienes, porque estos parajes no son frecuentados... Estuvo bien, Curro... Buena sangre...

—¡También por parte de padre, señor!

Una tenue sonrisa torció los labios lívidos de Rafael Retamar, que murmuró entre estertores:

—Gracias... Así hablan... los hombres de la estirpe Retamar... No dejes que se ceben los buitres en nosotros...

De pronto, Curro Saldaña gritó con salvaje sollozo:

—¡Padre!

Estrujó en feroz abrazo el busto del agonizante, cuya cabeza quedó sobre el hombro, como si durmiera.

Pasaron largos minutos, y fue la voz mojada en llanto de Olimpia Gonzaga, la que devolvió la noción a Curro Saldaña:

—Mira, Curro... Mira la sonrisa del capitán Retamar.

La cabeza del cordobés, en su último estertor, estaba reclinada contra el cartelón. Y en la cara aguileña, había una placidez de reposo, una sonrisa placentera...

Curro Saldaña se levantó, y al hacerlo, sobre su hombro quedó el cuerpo de Rafael Retamar. Caminó despacio llevándolo al segundo camión, donde lo depositó sentado en un rincón del baquet.

Regresó con pasos de autómatas para aunar el cuerpo de Francisco Retamar, que depositó en igual postura, y el hermano menor pareció apoyarse sobre el mayor.

—Atrás, tú... —dijo Curro Saldaña, con fiereza.

Ella subió en el departamento posterior. Curro Saldaña puso en marcha y fue virando. Enjutos los ojos, crispadas las manos sobre el volante, aceleró siguiendo la ruta que conducía al Norte, hacía no sabía dónde.

Un tragueteo echó sobre su hombro el cuerpo de Francisco Retamar, sobre el que apoyóse el de Rafael Retamar.

Se divisaban a lo lejos las casas de un poblado porteño, grande... Por la mirilla de comunicación, dijo Olimpia Gonzaga:

—Barranquilla.

Curro Saldaña aminoró la marcha. Sus labios se movieron...

—El Amo de todos nosotros. El que nos oye a todos. Fue el oro

el culpable... Ellos no pudieron ser criminales... ¡No lo eran!... Fue el oro maldito...

Dos motoristas pusieron en marcha sus máquinas, al leer el cartelón del camión que, a poca velocidad, pasaba. Uno de ellos hizo señas, colocándose delante.

Paró Curro Saldaña, y los dos motoristas apeados, se sobresaltaron al ver el sangriento espectáculo. Uno miró fijamente a Saldaña. Dijo:

—Concuerda la descripción. Usted se llama Curro Saldaña, ¿no?

—Sí.

—Síguenos. Recibimos orden de detener los camiones de la Compañía Retamar, y si le viéramos a usted, protegerle.

—No necesito protección. Vayan.

Media hora después, un comisario colombiano escuchó el relato de Olimpia Gonzaga. Al término dijo:

—Por comunicación del comisario Hugo Cárdenas, debe Curro Saldaña radiar su llegada a la Isla de los Pinos. Dígaselo así, señorita Gonzaga.

Ella entró en la sala donde los dos Retamar yacían sobre dos mesas de quirófano. Enlazó su brazo al de Saldaña:

—Debes comer y beber, Curro. Pondremos cruz sobre la tumba del que murió con sonrisa como Cork, gracias a ti. Ven, te lo ruego.

Desde aquel momento, Curro Saldaña fue un dócil niño, que asentía a cuanto le decía Olimpia Gonzaga.

Dos días después, cuando el avión se posaba en el aeródromo de Pinares, ella manifestó:

—Avisó al comisario Cárdenas, Curro.

—Bueno.

Un coche aguardaba, del que bajó Cárdenas. Se quitó el sombrero, al decir:

—Me radió detalladamente el colega de Barranquilla, señorita Gonzaga. Les acompañaré al hotel. Hola, Saldaña...

Saldaña, sin contestar, subió al coche, y a su lado se sentó ella. Cárdenas lo hizo junto al uniformado conductor.

El silencio durante todo el viaje hasta el hotel de la Isla de los Pinos, cercana a la Isla Grande, Cárdenas despidió al chofer al detenerse el coche.

Se volvió sobre el respaldo:

—Dime lo que tengas que decirme, Curro.

—Que no sirvo para estos trabajos. Que estoy confuso de ideas, porque ya no sé si tienes razón Cork o la tenían los Retamar.

—Te comprendo. Pero la señorita Gonzaga te ayudará a encontrar el buen camino. Hablemos de lo tuyo, Curro. El juez no indultó. Te ha condenado a destierro de tres años, durante los cuales no puedes aparecer por la Isla Grande.

—Juez a no, tengo que ir a la Isla Grande.

—Tienes derecho a verla, Curro. Lo has ganado. No te molestarán en el camino de ida y vuelta. La señorita Gonzaga aquí esperará, y aquí vendrás. Y estorbo, Curro. Me agrada saberte en buena compañía. Adiós.

Instantes después, andando, Curro Saldaña murmuró:

—Tengo que ir a ver a la viejita. ¿Qué hablaste de la cartera?

—En ella, el capitán Retamar ha escrito su voluntad que la Ley llama «artículo mortis». Nos cita a los dos como testigos. Toma por esposa legítima a la señora Mirta Saldaña.

—Bueno. Dime qué barco me lleva a la costa norte de la Isla Grande, y aquí me esperas. Te necesito. Y prepara lo que toca... Eso de los *papeles* de boda, y demás.

—¿Qué hubo, pues? —saludó Curro Saldaña, abrazando a la que le llegaba apenas al cuello.

—Me alegré,

«m'hijo»,

al saber que sólo tienes tres años de destierro. Vino el caballero Cárdenas a decírmelo. Y que tenías permiso...

—El permiso me lo gané, madre. Bueno, pues, ¿y olvidamos ya las buenas costumbres?

Ella, risueña, colocó la garrafito y el plato regado con miel. Mientras él comía, ella le miraba embelesada.

—Algo cambiado, Curro. Como si hubieras adelgazado y pasado malas fiebres.

—¡Ah, qué lista es usted, caray! Bueno, pues, por dónde empezarle. El caso es que me vi... Eso es: ¡me vi con el capitán Rafael Retamar!

Ella cerró los ojos, temblando... El prosiguió, de prisa:

—Fue algo raro, madre; pero a la que nos echamos el ojo encima nos entendimos. Ni pude odiarle ni escupirle. ¿Y pues? Hablaba

verdad, y dijo que tuvo que escapar de aquí, y luego un tropiezo con mala gente, y se portó a lo bravo. ¡Si le hubiera usted visto! Sonreía contento. —Porque yo estaba delante y le dije que usted le perdonaba... Bueno, el caso es que escribió esto... Y es buena sangre la que acompaña la letra. No me llore, viejita, no me llore. Vamos a ver si le leo esto.

Bajo la linterna, fue leyendo por vez primera Curro Saldaña:

«Yo, Rafael, Retamar, capitán de mar, en umbrales de la muerte, escribo ante dos testigos, Olimpia Gonzaga y Curro Saldaña, mi voluntad postrera, por la que cumplo lo que siempre quise: tener por esposa a Mirta Saldaña, y que Dios me perdone no haber cumplido antes».

La firma era enérgica, y en ella habíase ido la última fuerza del que rubricó.

—¿Ve pues? Bueno, puede llorarle ahora. Desahoga. Ella cogió la cartera, y Curro Saldaña salió diciendo:

—Le vuelvo casi al momento, viejita. Cosa de ver los bohíos.

Media hora después, volvía a entrar Curro Saldaña. Ella susurró:

—Tú mandas, Curro.

—¿Dónde y en qué?

—Aquí y en la decisión.

—Aquí es reina y señora, usted.

—No es desprecio al que siempre quise, Curro, pero estás tú. Si llevas esto al juez de lo civil, te llamarás Curro Retamar y Saldaña.

—¿Y pues?

—Decide.

—Saldaña nací y Saldaña me moriré de puro viejo. No es desprecio, que buena raza es la Retamar, pero... ¡mejor es la Saldaña!

Ella fue rompiendo la hoja escrita lentamente. Ambos se miraron... Y por fin rió Saldaña:

—¡Apuesto a que los Retamar nos dan la aprobación! Bueno, y hablemos de otra cosa... Eso ya es más difícil, madre. Resulta que ella se quiere casar conmigo... Bueno, estamos los dos de acuerdo, pero usted decide.

—¿Ella?

—Se llama Olimpia, y es agradecida. Una señorita que estuvo siempre en pensionado. Bueno, se lo sabe todo, y se lo calla. No se me alborde, viejita, si le digo que después de usted, a ella quiero. La vio el caballero Cárdenas, y se quitó el sombrero. Y dijo que ella me ayudaría a caminar bien.

—Entonces, acertaste, Curro.

—Véngase conmigo a la Isla de los Pinos, donde espera ella. Quiso venir, pero le dije que aquí no entraba, sin antes usted dar el permiso. Está preparando los papeles del casorio.

—Ya os veré cuando pasado el destierro me traigas más Saldañas. Yo no puedo salir de aquí. Es aquí dónde... me quedo, siempre esperándote a ti.

—Ya me lo pensé. Bueno, ya haré de modo que el juez ese me rebaje eso del destierro. ¿Qué le digo a ella?

—Que soy feliz, porque elegiste bien. Y tú me escribes, Curro, que donde estés te mandaré tu ron y las tortillas. Por allá no saben hacerlas, y el ron es áspero. ¿Es rubia ella?

—¡Caray! Tengo buen gusto. Es como usted. La tez canela, el cabello endrino, los ojos brujos... ¿y pues?

EPÍLOGO

Olimpia Gonzaga mostró unos folletos, en la habitación del hotel.

—Esto es Miami, playa bonita. También está Kay West, más cerca. Y este folleto es de Jamaica.

—Pocos viajes. Bueno, yo lo que digo es: ¿No somos ya marido y mujer? ¿No echamos firmas? ¿Nos queremos bien de firme, no?

—Así es —murmuró ella.

El la miró despaciosamente, detallando el traje sastre, las medias de soda, los zapatos de alto tacón, la blusa blanca, y la franja roja aterciopelada que surcaba en alto los negros cabellos.

—¡Caray, qué linda! Acérquese, pues...

—Me das un poco de miedo, Curro. Parece como si fueras a devorarme.

—A mordisquitos dulces.

Al día siguiente, en la playa, Curro Saldaña chorreando, salía del mar. Fue a tenderse bajo el parasol. Junto a la escultura de carne morena.

Y ella susurró:

—Siempre juntos.

—¿Y pues no? Ése fue el lema de los Retamar... y aquí está un Saldaña para cumplirlo. Y hasta he pensado que puedo trabajar, ¿sabes?

—Tengo una pensión.

—Gástela en trapos bonitos, y luzca joyas, pero entiéndase bien.

Y sentado en la playa, Curro Saldaña se golpeó el pecho:

—¡Yo, me pago el ron y la carne! Y a usted la pitanza y joyas. ¡Faltaría más! He dicho que voy a trabajar, y lo hago... Bueno, aun me quedan algunos «yanquis». Cuando se terminen, tengo ya el trabajo.

—¿Y qué es, mi vida?

—Le dije ya que no me le llame así a este varón... Bueno, en habiendo gente por la ronda. Pues sí, le hallé trabajo de buceador, y bien pagado.

—No hay nadie a la ronda, mi vida. Bésame, cariño.

—¡Ay, qué caray! Estos mimos me traen loco...; pero en habiendo gente, me llamo para usted y para todos, Curro Saldaña.

—Te quiero, Curro Saldaña.

El se inclinó, y unidos los labios, tuvo la certeza de que la vida hermosa no estaba solo en pelear. Estaba también en amar y saberse amado.

Con la diestra bajó el parasol... El susurro del mar en la solitaria caleta, apagó el rumor de suspiros...

FIN

**UNA NUEVA MODALIDAD DEL GANS-
TERISMO INVADE LAS CIUDADES
DE LOS ESTADOS UNIDOS**

El contrabando de drogas, que se desarrolla
mediante procedimientos ingeniosísimos,
alcanza un auge como nunca tuvo...

Conozca la nueva y dramática lucha que
las organizaciones policiales sostienen con-
tra este tremendo peligro, leyendo la más
apasionante novela que hoy pueda tener
entre sus manos,

CALAVERA DE PLATA

última obra del mundialmente famoso autor

PETER DEBRY

¡Un relato lleno de intriga y desbordante
interés, que le producirá las más violentas
emociones!

CALAVERA DE PLATA

será publicada en el próximo número
de la insuperable colección:

SERVICIO SECRETO

CONSERVE ESTE EJEMPLAR

SI ESTE NÚMERO COINCIDE CON EL PRIMER PREMIO DEL SORTEO DE LA LOTERÍA NACIONAL QUE CORRESPONDE CELEBRAR EN MADRID EL DÍA 5 DE JULIO DE 1952, RECIBIRÁ USTED LA CANTIDAD DE:



Nº 003797



250 PESETAS EN EFECTIVO

para lo cual bastará presentar este volumen completo en nuestras oficinas: **Editorial BRUGUERA - Proyecto, 2 - Barcelona**, o si se reside en otras localidades enviarlo por correo certificado, el cual ejemplar le será devuelto, remitiéndole al propio tiempo el importe del premio por Giro Postal.

En el caso de que el número premiado en el Sorteo de la Lotería Nacional tenga cinco cifras, recibirán el premio no sólo los poseedores del mismo número, sino también, aquellos cuyas cuatro últimas cifras, coincidan con las de dicho número premiado. (Ejemplo: Si el número agraciado en la Lotería es el 13.435, resultarán favorecidos los lectores que tengan los volúmenes con los números 13.435 y 3.435).

Los volúmenes premiados que no hayan sido presentados en el término de sesenta días a partir de la fecha del sorteo, se considerarán caducados.

Si excepcionalmente, por un error de imprenta, se repitiese varias veces un mismo número en nuestros ejemplares, y éste resultase favorecido, se entregará el importe del premio a quien primero presente uno de dichos ejemplares.

El importe de los premios que, por cualquier causa, no hayan sido satisfechos, se acumulará con destino a un sorteo extraordinario, cuyas condiciones serán oportunamente anunciadas.

NO LO OLVIDE: Cada una de nuestras colecciones, **Pimpinela, Madrepatria, Rosaura, Amapola, Servicio Secreto y Bisonte**, obsequiará todas las semanas a sus lectores con premios de **250 ptas.**

¡Más de 6.000 pts. mensuales en premios!

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 285 - Amparo Lara
- PARA TODA LA VIDA
- Núm. 286 - Mary de la Fe
- UN EXTRAÑO AMOR
- Núm. 287 - María Teresa Lara
- HA DESAPARECIDO UNA MUJER

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 125 - M.ª Nieves Grajales
- CELOS DE MUERTE
- Núm. 126 - Trini de Figueroa
- DRAMA EN EL AULA
- Núm. 127 - Isabel Saluena
- MI VIEJO PADRINO

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION BISONTE

- Núm. 226 - Raf Segrom
- LA ÚLTIMA SONRISA
- Núm. 227 - Peter Doom
- LA MUERTE TRAS SUS PASOS
- Núm. 228 - M. de Silva
- CORAZON DE NIÑO

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 90 - F. P. Duke
- UN CAPITAN DE COMANDOS
- Núm. 91 - Peter Deby
- LA LEY DEL MACHETE
- Núm. 92 - Jack Grey
- STANLEY EL SIMPLE

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 181 - Carlos de Santander
- CORAZONES EN LUCHA
- Núm. 182 - Ana M. García
- CUANDO TU NO ESTAS
- Núm. 183 - Corin Tellado
- ELLA ENTRE LOS DOS

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 11 - May Carré
- CAMPESINA
- Núm. 12 - M.ª Adela Durango
- LA SEÑORA ARRIAGA
- Núm. 13 - Rose-Mary Guitall
- TESORO OCULTO

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION IRIS

- Núm. 1 - Arnaldo Visconti
- LA PRIMERA AVENTURA
- Núm. 2 - Arnaldo Visconti
- LOS TRES GUERRILLEROS
- Núm. 3 - Arnaldo Visconti
- PUERTO ESCONDIDO

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AUTORES FAMOSOS

- Núm. 34 - Zane Grey
- LA CUADRILLA DEL TRINCHANTE
- Núm. 35 - Lynn Westland
- EL VALLE DEL PELIGRO
- Núm. 36 - Clem Yore
- FRONTERA DE TEXAS

APARICION BIMENSUAL. PRECIO 10 PTAS.

Volúmenes recientemente aparecidos.

Volúmenes de próxima aparición

Precio 5 ptas.



